Saludos cordiales

ANDREA BAJANI

Nuevos Tiempos **Siruela**

SALUDOS CORDIALES

ANDREA BAJANI

Andrea Bajani

Saludos cordiales

Prólogo de Ascanio Celestini

Traducción del italiano de Carlos Gumpert

Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: mayo de 2015

Título original: *Cordiali saluti*
En cubierta: fotografía de © Rawpixel/Shutterstock.com
Diseño de cubierta: Ediciones Siruela
© Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino, 2005, 2008
© De la traducción, Carlos Gumpert
© Ediciones Siruela, S. A., 2015

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
www.siruela.com

ISBN: 9788416396634

PRÓLOGO

En Italia mueren cuatro trabajadores al día.

Los demás empiezan el día sobreviviendo a la precariedad y al desaliento, al amianto y a los pesticidas. Miran a su alrededor y se les vienen a la cabeza las estadísticas sobre despidos y los contratos de trabajo temporal. Porque a los cuatro muertos de verdad hay que añadir también los zombis. Esos que no se precipitan desde los andamios ni arden en las acererías. Esos que desaparecen de las oficinas o de las fábricas y no tienen el privilegio de dejar a sus familiares un puñado de euros del seguro o de transferirles la pensión, sino que se deslizan en el tiempo abstracto del desempleo.

Una vez hecho el nudo de la corbata o abrochada la cremallera del mono, todo el mundo respira en las empresas un aire que apesta a muerto, por más que fichen, con una sonrisa o con una mueca, acerquen la tarjeta magnética y crucen el torno. Tapándose la nariz, pasan por encima de los cuatro cadáveres del día anterior, apartan la mirada de los muertos vivientes y ocupan su sitio en el airecillo desodorizado de oportunidades y flexibilidad, de economía aparentemente liberal. Transcurre un día más y mueren otros cuatro, y con ellos hay otros tantos que se desmaterializan. Después empieza una nueva jornada. Los últimos difuntos son un obstáculo que hay que superar de un saltito, una pequeña barrera arquitectónica equiparable a una acera demasiado alta, a un tramo en mal estado de la carretera. Hay algo que transforma a los caídos en el trabajo, sean estos muertos, despedidos o no renovados, en una cuestión inevitable, en una formalidad. Pero no basta con tener pelos en el corazón, instinto de supervivencia o cinismo. Hace falta un rito. Algo que ponga el cierre a la cuestión, *Requiescant in pace*, amén o saludos cordiales.

La gran virtud de una corrida de toros estriba en exhibir la muerte sin acarrear dolor a quien la contempla. En caso contrario, los turistas evitarían volar hasta España, pagar la entrada y ponerse en fila para acceder a la plaza. Irían directamente al matadero de su

propia ciudad. Cuando yo era un niño, tenía un compañero de clase al que le habían regalado un falso cartel de una corrida con nombres verdaderos de toreros y su nombre escrito junto al de ellos. Se lo había traído un tío suyo que viajaba a menudo al extranjero. Uno que le había prometido llevárselo algún día con él para ver ese maravilloso espectáculo. Pero ¿se trata realmente de un espectáculo? En un famoso texto, recuerda Barthes que «la virtud del *catch* es la de ser un espectáculo excesivo», precisamente porque no se trata de un deporte, no importa quién gana o quién pierde, no importa saber si es verdadero o falso el dolor que experimentan los contendientes. Al contrario, hay buenas probabilidades de que todo no sea más que una puesta en escena y, de hecho, «el espectador no anhela el sufrimiento real del combatiente, se complace en la perfección de una iconografía»[1], al igual que suele ocurrir ante la muerte de un personaje interpretado en el teatro por un buen actor. Un teatro sin elaboración del discurso. Un teatro hecho de actos concretos, aunque no lo suficiente como para devenir verdaderos. Por el contrario, en la corrida se mata y se muere de verdad. Como en el matadero. Y todo ocurre sin dolor. Este se halla herméticamente encerrado en el pesado cuerpo del animal que entra en el ruedo sin posibilidades de sobrevivir. Entra ya muerto para recibir el contrabautismo. ¿Qué es lo que nos salva de sentir rabia por esa inútil violencia? ¿Qué es lo que nos impide que nos sintamos desfallecer como ante una ejecución cualquiera? El toro entra vivo en el ruedo, podríamos salvarlo, pero no lo haremos. Y, sin embargo, vemos un gato en la autopista y hacemos todo lo posible para esquivarlo, corriendo incluso el riesgo de acabar con nuestra propia vida por una maniobra brusca. En cambio, queremos ver cómo el toro la palma, pagamos la entrada y le prometemos a nuestro sobrino que pronto podrá asistir al espectáculo él también. Exultamos extasiados cuando cae derrumbado. Exultamos sin dolor. Incluso el gato aplastado en la autopista nos causa una impresión peor.

La diferencia está en el matarife que comete el delito.

El torero es hermoso, fascinante en su traje ajustado y bordado. Algo afeminado incluso, como ciertos bailarines o ciertos fotomodelos. Sus gestos son leves y precisos. No mata al toro, sino su bestialidad. No es el hombre el que prevalece, sino su elegancia.

Sensibilidad, empatía, cordialidad, firmeza, consideración hacia sus semejantes son las cualidades del escritor de cartas de despido, pero su jefe le llama «matarife». Es un torero que oculta la muerte

tras sus pasitos de primer bailarín. Una vez, en Suiza, vi cómo una señora muy distinguida recogía elegantemente los excrementos de su perro con una bolsita de papel. El gesto transformaba la mierda en profiteroles. Con la misma ligereza, el matarife de Bajani da comienzo a sus cartas. «Antes que nada, ¡muy feliz cumpleaños!», «Y mientras escuchaba el padrenuestro, apreciado Sparacqua, fue cuando se me vino a la cabeza su nombre», «Escribirle a usted es, en cierto modo, como escribirme a mí mismo», «Me embarga una enorme alegría al disponerme a escribirle estas breves líneas de agradecimiento». Y después los despide concluyendo con «no pierda el tiempo con las estupideces del trabajo», «el futuro se le abre de par en par como un sosegado mar detrás de las montañas», «vaya a reconquistar su sonrisa», «¡considérese desde este momento libre para ir a reunirse con el resto de los viejos!». La empresa ya ha tomado su decisión, no habrá conciliación posible, la sentencia de muerte ya ha sido firmada y lo único que se precisa es hallar la manera de entregársela al condenado. El despedido está delante de nosotros, exhala aire por la nariz y levanta algo de polvo al piafar en el ruedo, pero nosotros lo vemos ya ensartado. Entre nuestros ojos y su final solo queda el saltito del torero que en *Saludos cordiales* son las florituras del matarife en las sugestivas cartas que escribe. Cartas capaces de sostenerse por sí mismas en medio del libro. Sin comentarios del autor, aunque tampoco de los desafortunados que las reciben. Porque haría falta un individuo de carne, hueso y conciencia para descubrir el truco de la falsa cordialidad del despido, para mostrar que la corrida es un matadero. Por el contrario, en el relato solo hay personas aparentes, fantasmas de individuos. Al igual que en el hospital, donde «ya no hay cuerpos, sino despojos de piel aferrados a los huesos como camisas a los percheros», o en la oficina, donde las bermudas, las chanclas y el kimono reivindican la individualidad un día a la semana. Tan falsos como el falso cartel de la corrida en la que se imprime el nombre del turista para que pueda sentirse un poco torero. Tan falso como la falsa danza del matador que oculta una auténtica ejecución. Tan falsa como «la falsa noche de la ciudad, donde nunca está oscuro del todo, ni siquiera de noche».

Andrea Bajani es un escritor que se afana por comprender en qué se convierten las cosas después de que las hayamos visto. Qué eran antes de que pasaran por delante de nuestros ojos. Lo que nos cuenta es algo que cambia. Porque hay un momento en el que las cosas cambian. Cambian porque cambian las relaciones, como el

personaje que pasa del «usted» al «tú» sin darse cuenta. Cambian y ya está, como la cirrosis hepática que se ceba en el hígado del director de ventas que nunca había bebido. Sin mirar a los personajes ni sus entornos en el curso de cierto tiempo todo parece sensato. En el tiempo detenido de las fotografías las personas siempre parecen conocerse todas. Amigos todos, historias todas que se mueven juntas, relaciones. Incluso en las que captamos al vuelo. Un paisaje inmóvil en su marquito. Y tal vez sea solo gente que pasaba por casualidad, que no se conoce, que ni siquiera se acordará de haber tropezado con tu objetivo. Basta con pararse a observar un poco, a comparar el antes con el después, y esas figuras se nos aparecen como una intriga de notas discordantes, como las azafatas que «hasta el último día seguirán explicando qué hacer antes de morir», como la gente que ya ha dejado de mirarlas, como el personaje de Andrea Bajani que tampoco las mira, que mira él también por la ventanilla. Y sobre tales disonancias no expresa juicio alguno, sino más bien un discreto estupor que no dejaría de ser un sentimiento reprimido si al otro lado del mundo falso no estuviera el mundo verdadero de Martina y Federico. Unos niños que no son la alternativa, sino la posibilidad de que pueda existir una alternativa. Que es necesario ir a buscar a algún sitio. Porque tal vez exista aún. Aunque no por mucho tiempo.

En Italia mueren cuatro trabajadores al día.

Los demás sobreviven a la precariedad y al desaliento, al amianto y a los pesticidas. Sucumben a la corrupción y al *mobbing*, al populismo y a la costumbre, a la burocracia y a la mafia, a los partidos y a los sindicatos. Hay quien se arma y lucha, se autoorganiza y toma conciencia, en parte para no ahogarse en las aguas altas de la burocracia y en parte por convicción, en parte por casualidad y en parte por equivocación. Todos, vivos y muertos, supervivientes y náufragos, son la chusma anémica a la deriva en el mar contaminado del trabajo. En nuestra zona del mundo, la bomba ya ha estallado. Mis zapatos y mi sombrero, el juguete de mi hijo y hasta los frutos secos que estoy comiéndome provienen de China o de Rumanía (donde está ambientada otra novela de Andrea). Entre nosotros, el trabajo es un zombi asustado por el alba que lo reducirá a cenizas, desenmascarando su inconsistencia. Un fantasma que arrastra ruidosas cadenas, pero que es más falso que la sábana que lo cubre. Este cementerio al que llamamos mercado o economía global o globalizada hemos de embellecerlo y ofrecerlo como un producto comerciable aún. Sí, es un camposanto, desde luego. Un

rincón de terreno no edificable en el que puede transformarse el final de la vida provisoria en la eternidad de la muerte sin fin. Es el cementerio de Père-Lachaise con las tumbas de los famosos del pasado, junto a las que nos gusta que nos saquen una fotografía. Es la paga extra o las vacaciones pagadas o el subsidio de desempleo, pero están presentes entre nosotros como la lápida de Jim Morrison o de Rossini, Maria Callas, Chopin o Modigliani. Como las cenizas de Gramsci que Pasolini visita en Porta San Paolo. Es la corrida de toros en la que la muerte se transforma en una ceremonia sin dolor, en un espectáculo donde todavía se nos permite creer que somos espectadores con la entrada en la mano. Ese billete de acceso que nos asegura también una salida sin consecuencias desagradables. Y, por el contrario, ese toro musculoso y extraviado somos nosotros. Y sin embargo aún nos queda la posibilidad de que el torero sucumba. De que la víctima sobreviva al matarife. De que el cuerno gane a la espada. Aún nos queda. No por mucho tiempo.

Ascanio Celestini, 2008

«Os escribo una larga carta porque no tengo tiempo para escribir una breve».

VOLTAIRE

SALUDOS CORDIALES

Cuando han convocado al director de ventas, este se ha presentado con su abogado. Hacía semanas que le daban por muerto y lo dejaban al final del pasillo maquillándose con llamadas telefónicas a los clientes. Todo está bajo control, todo va bien. Pero después le han llamado. Al pasar junto a nosotros, se ha limitado a decirnos que salía un momento, que es como decir todo está bajo control, todo va bien, aunque tenga a mi abogado esperándome fuera.

Dentro le han dicho A partir de mañana ya no trabajará usted en esta empresa, firme por favor al pie del documento, al lado de la cruz. Él mirará a su abogado con el bolígrafo en vilo sobre la hoja, y el abogado arqueará la espalda diciendo Mi cliente y tranquilizando con la mirada a su cliente, Todo está bajo control, todo va bien. Se entablará una negociación sobre el precio de sus veinte años de trabajo, sobre su valor en el mercado, sobre el futuro de sus hijos. El abogado exigirá ulteriores ceros en la cifra, enarbolándose, y repetirá Mi cliente, confiando en que una mayúscula de más pueda atemorizarles. Pero ellos sonreirán, aludirán a Su cliente como un hombre acabado, que llevaba tiempo oliendo a muerto, hasta el extremo de que sus colegas lo dejaban solo en un rincón de la oficina, vamos que ni se les pasaba por la cabeza aumentarle cero alguno. El abogado intentará inútilmente un enésimo acuerdo y ellos sonreirán de nuevo, repitiendo Su cliente, como si aquel fuera un asunto que hubiera de resolverse entre la empresa y el abogado, y no entre la empresa y el señor aquel que estaba ahí sentado.

Después le han dicho Al no trabajar ya con nosotros, a partir de mañana Su cliente no podrá seguir beneficiándose de las prerrogativas asociadas al puesto que ocupaba en nuestra compañía. El abogado invitará a su cliente a secundar la solicitud, y todo adquirirá rápidamente la apariencia de un robo a mano armada. El director de ventas se pondrá en pie con la cara tensa y, metiéndose las manos en los bolsillos, sacará las llaves del coche y las dejará sobre la mesa delante de los dos señores. Después volverá a meterse las manos en los bolsillos y sacará el teléfono móvil, dejándolo sobre la mesa junto a la tarjeta de crédito, la ficha magnética para entrar en la empresa y el ordenador portátil. A continuación, se sentará con la cara tensa frente a ese montón de prótesis empresariales, repentinamente inútiles por caducidad de los plazos.

Los dos hombres se mirarán húmedos de satisfacción, y le estrecharán la mano al abogado deseándole buena suerte. Le aconsejarán que no pierda de vista a su cliente, quien entretanto se habrá levantado, encaminándose hacia la puerta, cada vez más impregnado por su hedor a muerte. Los dos hombres acompañarán hasta la puerta al abogado, pertinaces en hacer caso omiso al exdirector de ventas de la compañía. En el umbral sonará un teléfono y todos mirarán el móvil del exdirector de ventas, quien pedirá permiso para volver a entrar y, al responder, dirá El usuario al que usted ha llamado a partir de mañana no podrá seguir operando con este teléfono. Le rogamos que no vuelva a intentarlo nunca más.

A continuación saldrán, el abogado y su cliente; el primero le dará a entender al segundo que todo había salido según lo previsto, y que, por lo tanto, todo estaba bajo control. Los colegas les verán pasar y simularán una normalidad hecha de saludos, de títulos honoríficos y de mayúsculas de deferencia. Pero se llevarán una mano a la nariz, para tapar ese infernal olor a muerte que se desprendía del cuerpo del exdirector de ventas escoltado por su abogado.

Después se marcharán y no se dirán una sola palabra durante gran parte del trayecto, caminando uno al lado del otro.

El exdirector de ventas ha venido a preguntarme si tengo cajas grandes, porque tiene que recoger y precintar sus cuatro cosas. Ya se encargará alguien de enviárselas más tarde a casa. Claro que tengo, pero no puedo dárselas a nadie, ni siquiera a ti, le he dicho. Y me percato de que he empezado a tutearle sin darme cuenta, solo porque sé que se lo han cargado, que tiene que volverse a casa en autobús porque ya no tiene coche. Ni siquiera a ti puedo dártelas, ya me disculparás. A los cincuenta años, si a uno se lo cargan, huele a muerto, la gente le desprecia.

En cualquier caso no podía dárselas, porque podría ser yo el próximo al que se cargaran. Aunque a nosotros, los de abajo, ni siquiera nos llaman, no hay necesidad de buscarse un abogado. Nos mandan una circular Su escritorio debe quedar libre a partir de la fecha de, deje en portería las llaves del despacho. Y le toca a uno irse a buscar cajas, meter dentro sus cuatro cosas, precintarlas e irse a casa en autobús, como siempre. De modo que la gente, en las oficinas, guarda las cajas debajo del escritorio y no las suelta ni ante la más generosa de las ofertas.

El exdirector de ventas me ha llamado a su despacho. Me ha dicho que en parte se lo esperaba, en parte no. Más bien no, en realidad. En todo caso, ha preferido que le acompañara un amigo suyo abogado, y gracias a él la situación está completamente bajo control, me ha explicado mientras enhebraba con la cinta de embalar las dos alas de la caja. Probablemente se dedique a otra cosa, lo primero unas buenas vacaciones, después ya habrá tiempo para todo.

El exdirector de ventas me ha preguntado si podía acompañarlo a la parada del autobús, ni siquiera sabe dónde queda. Cuando se han abierto las puertas le he pasado una de las cajas. Las otras, si no se las mandan a casa, ya las recogerá cualquier otro día.

Hoy me han pedido que escriba una carta de despido. Hace apenas unos días que no está el director de ventas y la gente deambula por los despachos contando los sillones vacíos y los ocupados. Para que los sillones se queden vacíos es necesario que alguien comunique a los interesados las necesidades de la empresa, como consecuencia de las cuales se ha vuelto imprescindible interrumpir la provechosa relación laboral entablada hasta hoy entre la compañía y el trabajador que se queda en la calle.

Las cartas de despido las escribía el director de ventas. Presumía de ello, de confeccionar despedidas personalizadas, en las que se transparentaban el afecto, la gratitud, la simpatía, el desconsuelo, el azoramiento y la profunda solidaridad que no podían dejar de ser evidentes en esa comunicación, en apariencia, aunque solo en apariencia, tan fríamente de divorcio. Cuando escribía cartas de despido, el director de ventas cerraba la puerta de su despacho y en un inexpugnable silencio creativo hacía acopio de empatía y de profunda compasión. Si alguien llamaba mientras tecleaba sus adioses, no contestaba. Decía que se llamaba *Door Policy*, esa que mantiene que cuando una puerta está cerrada es porque no se puede molestar; si está abierta, en cambio, claro que se puede. Llamar no sirve para nada. La *Door Policy* eliminaba de un plumazo la timorata educación preventiva de los nudillos.

En los últimos tiempos el director de ventas de la empresa había dejado de escribir esas cartas de despido, ya no le dejaban escribirlas. Durante un par de semanas, para animar al desalojo de las sillas, se optó por una solución más expeditiva: una genérica declaración de cese de la actividad y una caja de champán. Convocaron una reunión a tal propósito, para dirimir el asunto. Y se llegó a la conclusión de que si la carta modelo podía hacer pensar en una cínica amputación empresarial, la caja de champán, por el contrario, era claro testimonio del hondo apego demostrado siempre en relación con los propios recursos humanos.

Pero lo que ocurría era que los despedidos se lo tomaban a mal, demasiado fácil echar a la gente de esa manera. Cambiando nombre y apellido en lo alto de un formulario. Hacían cola delante del departamento de personal, delante de la enésima puerta cerrada a la que no se podía llamar a causa de esa misma *Door Policy* empresarial que compartían. Aparcados allí, sentados como en la sala de espera del médico, hasta que la secretaria del director de

personal los convocaba a todos a la vez, cada uno con su idéntica hoja y el sello de la compañía. Uno de ellos decía Qué falta de generosidad, echar a la gente de esta manera, mientras imitaba con el brazo un golpe de guadaña señalando a todos los demás. Los demás asentían, pero en el fondo sabían que no iban a sacar nada en limpio. Como mucho, el champán.

De manera que se les ocurrió que esas cartas de despido las escribiéramos nosotros. Les preocupaba enormemente la serenidad de sus empleados, y esas colas frente al departamento de personal eran un claro testimonio de que serenidad había más bien poca entre aquellas personas en olor de expulsión. Se hacía necesario, pues, tener en cuenta ese dato emocional, y producir cartas que fueran emanación directa de ese dato, para que pudieran contenerse los costes que inevitablemente se derivaban de la adquisición en serie de las cajas de champán.

Hace tres días vinieron a verme. Me convocaron en dirección de personal y me sometieron a un test psicológico para verificar mi grado de sensibilidad, empatía, cordialidad, firmeza, atención al prójimo. Dos personas, antes que yo, no habían superado el test. Las dos habían encallado en lo de la firmeza. Otras tres habían pasado el test con desenvoltura, pero al final esas características que poseían en teoría se habían estrellado con la sintaxis sin piedad del despido. Al cabo de dos cartas los llamaron para decirles que, en principio, poseían esas características, pero que al ponerlas en práctica no, de manera que ahora era mi turno.

El test no era difícil, porque te miraban y te preguntaban qué te dirías si tuvieras que despedirte a ti mismo. Tú decías lo que te dirías en el caso de que hubieras tomado la decisión de despedirte, y ellos, mirándote a los ojos, te decían lo que veían en tu mirada. Si veían sensibilidad, empatía, cordialidad, firmeza, atención al prójimo, habías superado el test, te sentabas en una mesa y te esforzabas todo lo que podías para superar también la prueba escrita.

Cuando me preguntaron qué me diría en el caso de que hubiera tomado la decisión de echarme, me mostré firme, pero al mismo tiempo se veía que sentía mucho perder el trabajo. Expliqué que no había otra alternativa, porque la empresa, pese a haber demostrado en diversas ocasiones su satisfacción con mi desempeño profesional, se hallaba en unas condiciones poco felices, hasta el punto de verse obligada a renunciar a todas mis aptitudes para hacer frente a la coyuntura. Expliqué también que, en cualquier caso, la empresa haría todo lo posible, una vez que pudiera dejar atrás aquel

imprevisto periodo de calma chica, por reintegrarme en la plantilla y volver a poner en marcha esa proficua colaboración, gracias a la cual me había ganado yo, en el curso de los años, la estima de la que gozaba, que era mucha.

El director de personal y su secretaria, sentada a su lado, se mostraron de lo más contentos al oírme decir esas cosas. Después yo me dejé llevar un poco por ese asunto de que me estaba quedando sin trabajo y me lo estaba comunicando. De modo que me lo tomé a mal, diciendo que desde luego no podía dejar de entristecerme por el hecho de que iba a quedarme sin nada que hacer y tendría que buscar soluciones alternativas para afrontar mi nueva cotidianidad. Estallé en sollozos, y ellos me dijeron Muy bien, completamente exultantes, porque había demostrado que tampoco en la cuestión de la sensibilidad me las apañaba mal.

Ayer por la noche estuve cenando en casa del exdirector de ventas. Me llamó a la oficina para saber si podía pasarse a recoger una carpeta que se había dejado olvidada en un cajón. Quería saber si había moros en la costa, es decir, el director de personal. Si no había nadie, se acercaría por allí y se iría después a toda prisa. En caso contrario, ya se pasaría en otro momento, algún día festivo quizá, si alguien le abría. Le dije que tal vez no fuera buena idea acercarse, que era la época de las cartas de despido y el director de personal deambulaba siempre por la oficina viendo a quién podía echar. Que iba y venía de despacho en despacho, preguntando a la gente qué tal estaba, ellos y sus familias, si sus hijos tenían tos, porque a los suyos la tos los tenía machacados. De manera que era mejor que durante este periodo el exdirector de ventas no se dejara ver por allí.

Así que le dije que, si quería, podría llevarle yo mismo a casa la carpeta, si me explicaba dónde vivía. No era necesario que me molestara, pero en tal caso, si se lo permitía, me invitaba a cenar. Estaba solo en casa con sus dos hijos, que en aquellos días tampoco iban al colegio. Su exmujer se había ido a la playa con su madre, que había sufrido un ictus hacía poco. Me pareció una excelente idea, eso de ir a cenar.

Vino a abrirme calzado con unas pantuflas, el gato entre las piernas y un delantal atado a la cintura. Yo no había llevado nada, excepto la carpeta, porque con una persona a la que has hablado de usted hasta unos días nunca sabes si acertarás al llevar algo, el típico vino mediocre. Los niños estaban en una esquina del salón diciéndose palabrotas. Martina y Federico. Estaban en la alfombra y ella le decía judía verde y él le contestaba albondiguilla asada, ella replicaba coliflor, él berenjena frita. Se veía que ganaba él, que tenía más mala idea. Además ella llevaba gafas y él le tomaba el pelo, le hacían unos ojos gigantes y si él se las ponía le entraban mareos.

El exdirector de ventas les llamó la atención, Tranquilitos con esas palabras. Los dos a la vez le dijeron Faisán embalsamado, y él se echó a reír.

Llámame Carlo, me dijo enseguida, que ya no soy tu jefe. Ahora ya no era el jefe de nada. Incluso sus hijos lo llamaban faisán, embalsamado. Me invitó a sentarme en un sofá rojo, en el salón en el que Martina y Federico se decían palabrotas. Enfrente de mí

había una librería que ocupaba toda la pared y, encajado en el medio, el televisor más grande que yo había visto en mi vida. Encima de él se había desparramado el gato, con la cola colgando, que se movía cual limpiaparabrisas sobre la superficie plana de la pantalla. Al gato los niños lo llamaban Chato, cuando hacían alguna pausa en su pugna de peroratas. En realidad el gato se llamaba Emiliano, según me había explicado Martina, porque el padre del exdirector de ventas se llamaba Emiliano, y a él le hubiera gustado llamar Emiliano a Federico. Pero la madre no había querido, de modo que tuvo que conformarse con darle el nombre de su padre al gato chato.

Los niños han cenado ya, me dijo el exdirector de ventas. Les gusta comer junto con Emiliano, y a Emiliano le gusta comerse temprano sus croquetas, nunca después de las ocho. Nosotros nos sentamos a la mesa en la cocina, con el televisor pequeño encendido junto a los fogones. Él se movía entre la silla y las cacerolas, removiendo, vigilando, con su delantal siempre atado a la cintura.

Estaba intentando redefinirse una normalidad cotidiana, me dijo. Y en cuanto a mí, qué tal estaba yo. Le he hablado de las cartas de despido que querían encargarme que escribiera. Él sonreía sin dejar de remover en las cacerolas.

Me dijo que se estaba volviendo amarillo, seguro que yo también lo veía. Yo no lo veía, no veo nunca los colores de las personas. No es una cuestión de colores, me dijo, es que me han encontrado una cirrosis hepática, a mí que no bebo. Dos hepatitis, una tras otra, y ni se había dado cuenta. Ahora tenían que encontrarle un hígado nuevo en el plazo de un mes. Entretanto, él amarilleaba, a su suegra le daba un ictus y los niños le preguntaban por qué tenía ese color. Me he bebido una poción mágica, puedo volverme del color que me apetezca.

No debía preocuparme, me dijo, a mí que nunca sé qué cara poner cuando la gente me dice que está enferma de algo serio. Basta con que se muera alguien con un hígado compatible con el mío. Después todo volvería a la normalidad, y él retomaría el trabajo. Desde luego, era una pena que todo hubiera llegado a la vez, el despido, la suegra y la cirrosis. Pero no era cuestión de darle demasiadas vueltas. Lo que ocurría era que, ahora que me lo había dicho, yo no era capaz de dejar de verle el amarillo de la cara, porque verse, la verdad era que se veía.

Los niños aparecían de vez en cuando por la cocina para pedir ayuda con las palabrotas. Yo le dije a Martina que, si quería ganar, tenía que decirle a Federico que era una salamanquesa, seguro que

él no sabía lo que era. Ella empezó a gritar salamanquesa por toda la casa. Federico se echó a llorar y el exdirector de ventas tuvo que levantarse, sentarlos en el sofá, Ya está bien con ese dichoso juego. Estuvieron en silencio un rato, después empezaron a gritar y Federico vino a la cocina para decirnos que Emiliano se había llevado el mando a distancia.

Cuando me acompañó a la puerta, me dijo que había sido un placer cenar conmigo. Le contesté que el placer había sido mío y que me parecía un buen padre, por más que yo no fuera el mejor para juzgarlo. Me dijo que no me preocupara por su hígado, que, total, seguro que le darían uno nuevo lo antes posible. Dijo que eran meras contingencias, un día pierdes el trabajo, al día siguiente te vuelves amarillo. Era la coyuntura, que era desfavorable, nada más. Le di la carpeta, pues estaba a punto de llevármela de nuevo a casa. Le dije que ya me contaría qué pasaba con su hígado, pero que no estaba preocupado, faltaría más.

Martina vino a traerme la chaqueta, porque me la había dejado olvidada en el sofá. El gato chato, me dijo, no se ha portado nada bien, ha dejado pelos por todas partes. Son cosas de gatos, añadió, es que nunca saben qué hacer con el pelo. Entretanto, Emiliano había vuelto a hacer de limpiaparabrisas sobre el televisor encendido, mientras Federico veía los dibujos animados. A él le daba un poco de rabia, pero parecía que le caía muy simpático, con esa cola oscilante.

Fuera era de noche. La falsa noche de la ciudad, donde nunca está oscuro del todo, ni siquiera de noche. A ver dónde había aparcado el coche. Son solo contingencias, que uno se vuelva amarillo y no te diga que dentro de un mes es posible que ya no exista.

Martina me llamó desde el balcón con un grito breve y agudo. Miré hacia arriba y me dijo Vamos a ver lo bueno que eres, que te lanzo una cosa. Después, en caída libre aterrizó a mi lado un papel doblado sujeto con una pinza. Le grité Gracias y monté en el coche. Me contestó que no era de su parte, me despedí con la mano, ella también. Puse el coche en marcha y desdoblé el papel, que estaba lleno de pelo de gato. Encima podía leerse, escrito en azul, Adiós, salamanquesa. Estaba firmado por Emiliano.

Estimado Massimo Sparacqua:

Hace poco que han finalizado las vacaciones de Semana Santa y, como todos los años, aprovecho la ocasión para desear a nuestros mejores empleados que la reanudación de la actividad laboral sea presagio de grandes satisfacciones personales así como de copiosos incrementos de la producción.

Como es habitual desde hace ya nada menos que trece años, he pasado mis vacaciones en la playa, porque, como usted sabrá, rehúyo el gentío parafinado de las últimas pistas de esquí abiertas en esta temporada de tránsito. Las colas ante los remontes me aburren, y el charloteo vacuo de los esquiadores me hace sentir añoranza por las tierras de mi infancia, por el adarce áspero de los despertares y por las gaviotas que se posan sobre el mar. Bien sabe usted, apreciado Sparacqua, cuánto amo yo la simplicidad, hasta qué punto el disfrute de las cosas mínimas es capaz de henchirme de hermosura, y de hacerme olvidar la apresurada (y necesaria, que quede claro) vida de chaqueta y corbata. Solo en las riberas de mi juventud, en contacto con el adarce que apelmaza el cabello, abandono mis vestiduras oficiales y vuelvo a mi propio ser. Y es entonces cuando saco del armario mi mono de trabajo, sencillo y suave. Vuelvo a la simplicidad, como le decía, disfrutando y apreciando los largos plazos de la espera y las horas de inactividad tumbado en el sofá. Y solamente allí, año tras año, es cuando entiendo cómo el frenesí laboral, fatalmente, impide al hombre albergar el mundo y toda su belleza, paladear sus miles y miles de matices. Solo sin trabajo, me repito año tras año, de regreso a la vida laboral, podrían las personas percatarse de todo lo que las rodea.

Este año, apreciado Sparacqua, he comprendido muchas cosas. He comprendido muchas cosas acerca de mí mismo, lo cual quiere decir comprender muchas cosas acerca del mundo y, por encima de todo, acerca de la gente que nos rodea. Este año, caminando por las calles desiertas del pueblo que me vio crecer, comprendí de manera dolorosa que había dejado de prestar atención a las personas, que mi capacidad de *sentir* se estaba atrofiando. Mi alma, apreciado Sparacqua, estaba partida en dos y yo no me daba cuenta. Solo al perseguir mis fantasmas infantiles por las callejuelas de mi pueblo se presentó ante mí con toda claridad la necesidad de hallar un centro. Llamé a mi lado a mi mujer y a mis hijas y les pedí ayuda.

No podía permitirme, les expliqué a las tres, descuidar a las personas, se trataba de una cuestión de dignidad personal, de respeto humano. De manera que, en una fresca mañana, nos fuimos a caminar todos juntos por la playa, cogidos de las manos: en el centro, mi mujer y yo, y en los dos extremos, Ludovica y Benedetta. Durante más de dos horas no pronunciamos palabra, absortos como estábamos en ese renovado contacto con nosotros mismos, con el mundo a nuestro alrededor y con el silencio que allí, a un paso del mar, nos estaba abrazando. Después de tanta caminata en meditación, todos juntos, sin soltarnos de las manos, nos fuimos a rezar. Entrar en contacto con Dios, en el frío espiritual de la iglesia, fue en cierto modo como entrar en contacto, ¡por fin!, con las personas y, en primer lugar, con los empleados de mi empresa.

Y mientras escuchaba el padrenuestro, apreciado Sparacqua, fue cuando se me vino a la cabeza su nombre, pues si no ando errado, todos los veranos pasa usted una semana en una casa alquilada, junto con su familia, en un pueblo al lado del mío. Qué curiosa asociación, la del padrenuestro con su persona. El bueno de Sparacqua, pensé, con quien, dado lo expeditivo que soy, no tengo el placer de hablar, de dialogar, desde hace años. Los empleados de mi empresa no saben nada de mí, pensé, nada de mis meditabundos paseos a orillas de este mar que vio aparecer las primeras espinillas en el rostro de mis dieciséis años. Y fue así como, en chándal y zapatillas de deporte, cogí papel y lápiz y me decidí, apreciado Sparacqua, a hablarle un poco de mí, a abrirme ante usted para contarle toda la alegría del ocio y la crisis profunda de mi alma partida en dos.

He pensado mucho en usted, estimado Sparacqua, antes de explayarme tan extensamente en estas hojas. He pensado en lo estratégica que ha resultado su profesionalidad durante todos estos años para el despegue (¡porque de un auténtico despegue se ha tratado!) de mi, mejor dicho, de nuestra empresa. Desde luego, no puedo olvidar el lanzamiento del producto que todos juntos decidimos llamar Luna, señalando su capacidad de volverse satélite de la cotidianidad de todos nosotros. Con mayor razón, no puedo olvidar su desbordante creatividad, que le permitió acuñar el eslogan más afortunado para el lanzamiento de nuestro producto: *De las dos, Luna*. Muy bien, Sparacqua. Le felicito. Durante mucho tiempo, como tendrá bien esculpido en su memoria, ha sido usted la joya de la corona del departamento. Y en eso precisamente, apreciado Sparacqua, pensaba yo mientras rezaba de rodillas junto a mi familia. Qué buen trabajador es Sparacqua. Qué persona tan

creativa es Sparacqua.

Pero todo ello me ha llevado a pensar en cómo mi empresa, nuestra empresa, por desgracia ha dejado de ser capaz de valorar sus propios recursos humanos. A usted le hace falta más espacio, Sparacqua, le hacen falta campos por los que correr hasta perder el aliento. Todos percibimos, *yo* percibo, que le estamos cortando las alas, y que por eso debemos pagar un precio. Porque le estamos haciendo daño.

El castigo, para nosotros, es por lo tanto la renuncia a su desbordante creatividad, a su altísimo perfil. No vaya a creer usted, apreciado Sparacqua, que es un gesto egoísta. Esas son historias que dejamos que propaguen las personas maliciosas. No vaya a creer, estimado Sparacqua, que no me doy cuenta del desconsuelo en el que podría usted hundirse. Pero si algo así ocurriera, sería porque no habrá entendido que todo esto yo lo estoy haciendo, *nosotros* lo estamos haciendo, por usted. Para devolverle esos amplios campos por los que correr, para permitirle expresar toda su desbordante creatividad en un lugar que le resulte más idóneo.

Créame, Sparacqua, le envidio. Envidio el futuro que se abre ante usted. Envidio la posibilidad de sacar ese chándal del armario, ponerse esas zapatillas de gimnasia y volver a descubrir las cosas sencillas de la vida. Para usted, puede creerme, habrá siempre un lugar aquí, y nada nos hará más felices, cuando usted lo desee, que acogerle de nuevo entre nosotros. Entretanto, reciba esta carta mía como un abrazo sincero, de amigo, un abrazo que reúne a la vez el desconsuelo por su pérdida y la felicidad por ese futuro que, a partir del día 31 del mes corriente, se abrirá de par en par ante usted como un sosegado mar detrás de las montañas.

Saludos cordiales

Me ha pedido disculpas un montón de veces el exdirector de ventas, por haberme hecho ir corriendo a su casa en plena noche. Cuando ha sonado el teléfono, no hacía mucho que habían pasado las cuatro de la madrugada, No debería llamarle a estas horas. No se preocupe, le he contestado desde debajo de las sábanas, no es ninguna molestia, en absoluto. ¿Padece usted de insomnio? No, es que siento debilidad por la cortesía, le he dicho en medio de los estertores del despertar. Dormitaba, ya me gustaría estar durmiendo a las cuatro de la madrugada, ojalá. Creo que nos tuteábamos, me ha recordado. Tienes razón, cuéntame, ¿qué ocurre?

Se había puesto mucho más amarillo, solo había pasado una semana desde la cena. Me estaba esperando debajo de su casa, vestido como para un viaje de negocios, con corbata y un traje oscuro, y unas pantuflas en los pies. Estaba sentado en la acera.

Hay un chico que se está muriendo, me ha dicho. Esperemos que así sea. Si fuera compatible volvería a ser joven, un hígado de carreras. Su exmujer aún seguía en la playa con su madre, no se sentía capaz de despertarla a esas horas, podía darle otro ictus y ya no volverían a casa. Me ha dicho He pensado en ti porque fuiste muy amable. Si se muere el chico, ¿te importaría acompañarme al hospital?

Además quería dejarme el gato y a los niños, para que se los cuidara durante unos días. Pero solo si no me importaba, porque a él lo pondrían otra vez como nuevo en poco tiempo. Pues claro que no me importaba, total, se pasaban el día entero en el colegio. Eso sí, tendría que mudarme a su casa, porque si no Emiliano enloquecería al no reconocer sus espacios de maniobra. Me mudaría a su casa, naturalmente. No será por mucho tiempo, me ha insistido, una maleta con unas cuantas cosas. Podía dormir en su cama, si no me la quitaban antes los niños.

Sigues escribiendo aún esas cartas, me ha preguntado. Sigo escribiéndolas, le he dicho, y de momento la gente continuaba saliendo de la empresa. Le he dicho que había gente que llamaba a menudo preguntando por él, que querían darle las gracias. Me ha preguntado si Citterio seguía aún allí. Le he dicho que sí, aunque todos la daban por muerta desde hacía tiempo.

He pensado en mi pésimo gusto al hablar de la muerte a uno tan amarillo sentado en una acera aguardando a que un chico muera cuanto antes para no morirse él. Me ha mirado como diciendo que

lo había entendido, lo de mi vergüenza. Me ha dicho Ya sabes que no debes preocuparte, es solo lo de la coyuntura desfavorable, las cosas tienen fecha de caducidad, incluso mi hígado. Lo que quiere decir que yo también, si no muere el chico del accidente, Esperemos que sí.

Desde el día que estuve cenando con ellos, Martina me llamaba Salamanquesa. Decía que estaba muy contenta de irse de vacaciones con una salamanquesa, y que Federico no sabe ni lo que significa. El exdirector de ventas le había dicho que tenía que ir a ver al mago de los colores para volverse rosa como todos, que ya estaba un poco harto de ser amarillo. Que parecía un limón y, si no se tomaba la poción adecuada, antes o después volverían a colgarlo de un árbol. Martina decía que aunque volvieran a colgarlo de un árbol ella iría a visitarlo con Federico y con el gato Chato, que luego se subiría a las ramas y le daría un beso de buenas noches. El exdirector de ventas le había dicho que entonces quizá se lo pensara mejor, eso de regresar a vivir a un árbol, porque era muy bonito por parte de Martina pensar en ir a visitarlo con su hermano y con el gato Chato.

Estábamos los dos sentados en la acera. De lejos empezaban a oírse los batacazos sordos de los contenedores engullidos por los camiones de la basura, casi las cinco y la oscuridad retirada del cielo como una manta. Los estampidos se iban aproximando, hasta que llegaron ante nosotros, diligentes en enganchar los contenedores a los brazos mecánicos y vaciarlos entre las luces intermitentes. Se han detenido frente a la acera, han ejecutado el procedimiento ordinario y luego se han colgado del camión, caballos sobre los tiovivos.

Y nos hemos quedado otra vez solos, mientras alboreaba con claridad y sin desgarros. Me da la impresión de que ha salido de esta, el chico, y yo allí consolándolo, Ya verás. La gente tarda un buen rato en morirse, lo primero es darse una vuelta por todo el cuerpo dando la noticia. Uno no se muere así sin más, tiene que apagar las luces, comprobar que dentro no se ha quedado nadie, cerrar el gas, dejar las llaves al conserje.

Al final se ha muerto de verdad, el chico, con el móvil del exdirector de ventas que sonaba y él que temblaba diciendo Es el hospital, y me pasaba el teléfono. Dígame. Lo lamento mucho, por el joven, decía yo, Vamos enseguida. Se miraba los pies enfundados en las pantuflas. ¿Los zapatos? Los zapatos ya te los llevo yo.

Aquel viaje con el claxon desenfrenado y el pañuelo blanco fuera de la ventanilla era el funeral del chico despachado a toda prisa. No hablábamos, sentados uno al lado del otro. Él, que se contaba la

historia de las coyunturas; yo, que prefería pensar en la de los limones. Que si se decidía a quedarse de limón, yo también me encaramaría al árbol para despedirme.

Desde que he empezado a escribir las cartas de despido me llaman el Matarife. Cuando el director de personal quiere hablar conmigo me dice Eh, Matarife, antes de marcharte pásate a verme. Dentro de su despacho reina siempre el mayor silencio. Me siento, él se mueve un poco en su sillón de cuero y luego dice Vamos a lo nuestro, y me mira a los ojos. Me mira perplejo, me pregunta Qué le ocurre, por qué tiene esas ojeras. Usted no me cuenta toda la verdad, dice guiñándome un ojo, reclinándose sobre el respaldo. Pero ¿qué le hacen a usted las mujeres? Qué me hacen los niños, debería decirle, una semana persiguiéndolos por la casa hasta bien entrada la noche. Me quedo dormido de madrugada tumbado en el sofá, delante del enorme televisor que tienen en el salón. Miro al director de personal y le devuelvo el guiño, le digo Ay, las mujeres, si usted supiera.

Pero hablemos de cosas serias, dice. Luego abre el cajón, saca una carpeta, y dentro están todas las cartas que he escrito para echar a la gente de la empresa. Generalmente las lee en voz alta delante de mí y, mientras las lee, exulta. Ha ordenado que fotocopien la carta que le he escrito a Sparacqua y la ha distribuido entre todos los directivos, desde hoy se trabaja así. De vez en cuando me hace alguna corrección, dice Yo pondría más bien y luego me sugiere el qué.

Hoy me ha convocado porque se le ha ocurrido una idea en relación con las cartas. En su opinión, es necesario insertar una frase que le ha oído decir a un amigo suyo y que causa cierto efecto cuando uno la ve escrita. La frase dice que no se pueden hacer promesas que no se puedan mantener. Para expresar ese concepto de las promesas que hay que respetar, pues de lo contrario es mejor no hacerlas, es necesario escribir que nosotros estamos acostumbrados a ofrecer un cigarrillo solo si estamos seguros de tener uno en el paquete.

Luego se pone en pie, no tiene más que decirme. Me tiende la mano, me la estrecha y me guiña de nuevo el ojo. Dice Afortunado usted que puede disfrutar aún de la vida, se ve que todavía no tiene familia. Sonrío y digo Tiene usted toda la razón, señor director, gracias otra vez por todo, hasta luego. Me suelto de su mano y me acerco a la puerta para marcharme. Estoy ya prácticamente fuera cuando oigo que vuelve a llamarme. ¿Qué es ese papel que lleva en la espalda? Se acerca y me arranca de la chaqueta una hoja blanca. Lo mira, abre mucho los ojos, me lo da, dice Adiós. En la hoja hay

una frase escrita con rotulador rojo BURRO EL QUE LO LEA.

De vez en cuando alguien llama preguntando por el exdirector de ventas y me lo pasan a mí. Cuando oigo las voces que preguntan por él nunca sé qué hacer, si se puede decir que le han pedido que devuelva las llaves del coche y el móvil o es mejor que no. Cuando llaman, dicen Solo quería darle las gracias.

El director de personal dice que eso de las llamadas telefónicas es un asunto delicado, que hay que gestionarlo con firmeza pero sin desgarrones musculares. Me ha convocado a su despacho y ha delegado en mí la tramitación de las llamadas telefónicas entrantes para el exdirector de ventas. Firmeza pero nada de desgarrones musculares, insisto en ello.

El exdirector de ventas entra y sale del quirófano. Hace una semana que le han hecho el trasplante, pero las cosas no acaban de funcionar del todo. Por la mañana temprano le toman la temperatura, comprueban sus constantes, a menudo lo meten otra vez dentro. En el quirófano lo hinchan a anestesia, intentan repararlo, al día siguiente tal vez vuelvan a abrirlo. Yo voy a visitarlo a la hora de la comida, lo miro mientras duerme, le dejo el periódico junto a la cama.

Una mañana suena el teléfono, es Martina, llama desde el colegio para saber si su padre ha vuelto a casa. Dice Hola, Salamanquesa, ¿ha vuelto papá? Le digo que volverá pronto, es cuestión de días. Pero hoy no, todavía no ha vuelto. Dice Total, ya lo sabía. Le pregunto si estaban bien los ejercicios que hicimos juntos. Dice Sí, pero ya te lo cuento después, cuando vengas a recogerme a la salida. Dice Acuérdate de las croquetas para el gato.

El director de personal de vez en cuando se marcha, se va a recorrer el mundo. La víspera grita en el pasillo que no encuentra las cosas que ha de llevarse; aparece su secretaria, él deja de gritar. La secretaria le da una hoja de papel, Tenga un memorándum, señor director, aquí lo tiene escrito todo. A continuación aparece también el mozo, recoge las maletas, le abre camino por las escaleras. Desde el aeropuerto, el director de personal telefonea a la secretaria para saber a qué ahora es el vuelo exactamente, ella repite Está todo en el memorándum, señor director, pero después se lo dice. Él monta en el avión, en la cola de las escalerillas telefonea a la secretaria. Tenga la amabilidad, señorita, pregunta qué número tiene su asiento en el avión, ella le dice Léalo en la tarjeta de embarque, señor director, que ahí lo tiene escrito todo.

Cuando vuelve, nos trae un regalo a todos los empleados. Llegamos por la mañana y nos encontramos con un salchichón sobre cada escritorio, el viaje del director ha terminado. Al lado, por lo general, hay una fotografía que ha hecho que le saquen durante su periplo, el director de personal que ríe, levanta su copa frente a otras muchas copas que sonríen ante él, después le aplaudirán con toda la fuerza que puedan. En la foto siempre aparece escrito con rotulador Es también mérito de usted, y debajo, la firma.

El director de personal viaja mucho, para exportar nuestro modelo organizativo allá donde no saben organizarse, porque, pobre gente, no tienen la cultura adecuada para ponerse de acuerdo. Vuelve, me llama, me dice ¿Sabía usted que hay sitios en el mundo en los que realmente hay mucho sufrimiento?, me siento delante de él, muestro mi conformidad, le doy a entender que lo sé. Me mira, me dice que gracias a sus viajes se ha dado cuenta de algunas cosas. ¿Sabe de lo que me he dado cuenta?, me pregunta. Le digo que no, y es que de hecho no lo sé. Me he dado cuenta de que son ellos los que tienen cosas que enseñarnos a nosotros, y no al revés. Pero tal vez no me esté explicando del todo bien, me dice. Le digo Tal vez no.

En los países en los que hay mucho sufrimiento la gente se siente un poco más feliz tan solo con que se la valore, dinero poco pero el reconocimiento antes que nada. Dice que volverá a esos países para dar las gracias, para decir que nosotros los occidentales tenemos mucho que aprender, que él también, en su empresa, de regreso de uno de sus viajes, ha congelado los sueldos de todos pero ha ordenado construir un campo de tenis. Así, sus dependientes son un poco más felices, porque pueden sentirse seres humanos cuando corren hacia la red, el sueldo es alienante, el tenis es la verdadera metáfora de la vida.

Querida Martina:

Te dejo este saludo en la mochila, es una sorpresa. Cuando leas la notita será la hora del recreo. Y por eso te la he metido dentro de la bolsa, con el bocadillo. A lo mejor está un poco grasienta, y entonces será una sorpresa más bonita aún, porque será una sorpresa salada con sabor a cebolla.

Tu salamanquesa

Estimado Giacomo Quirino:

Escribirle a usted es, en cierto modo, como escribirme a mí mismo: hasta el momento de mi llegada fue usted quien ocupó el escritorio sobre el que ahora se me acumula a mí el papeleo. Le escribo a usted y al mismo tiempo me hablo a mí mismo, procurando recapitular las alegrías y los sufrimientos, los entusiasmos y las contradicciones de nuestro sudoroso oficio. Recuerdo todavía cuando, hace ya mucho tiempo, hice mi entrada en la empresa. Le recuerdo muy atareado, atendiendo a los mozos que se llevaban las cajas para su traslado a la planta de abajo, departamento de producción. Recuerdo aún mi diligencia en quitarme la chaqueta, aflojarme la corbata y ofrecerle mi modesta contribución de *bricoleur*. Puede creerme: verme agachado en el suelo junto a usted y pasarle tijeras y papel celo fue realmente mi bautismo empresarial, el claro signo de una cooperación que es desarrollo, hermandad y comunión de objetivos.

¡Qué nostalgia de aquellos tiempos, mi apreciado Quirino! ¡Cuánto miedo y cuánta emoción al mismo tiempo! Lo miraba todo con ojos ávidos de saber, con la trepidación eufórica de quien se siente honrado por tomar parte en una aventura y a pesar de ello teme no estar a la altura. Así era, yo le miraba a usted y me preguntaba si lo conseguiría alguna vez, si llegaría a alcanzar su estatura.

Mi apreciado, apreciado Quirino. Echando cuentas de los años, ¡me percato de que el tiempo que ha transcurrido es realmente una infinidad! Y dado que yo tengo, porque los tengo, los años que tengo, está usted lejos, desde luego, de ser un crío… En todo caso, ¡mis más sinceras felicitaciones! Créame, si me prometieran una forma física idéntica a la suya, a su edad, vendería mi alma al diablo. ¡Solo puede tratarse de un caso de brujería! Pero no será así, desgraciadamente, y mis dos hijas, Ludovica y Benedetta, ¡no dejan de recordarme que cuando llegue a viejo me volveré de lo más pesado, lento y tembloroso!

Y es que, además, admitámoslo, apreciado Quirino: ¿qué hay de malo en ser un anciano? Usted mismo es la demostración viviente del hecho de que uno puede sentirse orgulloso de serlo. Son los demás quienes dan muestras de miopía, al no entender que el mundo se está encaminando precisamente al encuentro de los ancianos. A despecho de quienes teorizan acerca de la

improductividad de las personas que se hallan lejos de la flor de la vida, el mundo entero grita una sola palabra: ¡Viejo! Incluso el mercado se ha dado cuenta, y de hecho se está aprovechando con gran vigor de esta época mirabilis de la vejez. ¡La vejez es el segmento de mercado de los huevos de oro! Verá, Quirino, los jóvenes cambian. Los viejos son siempre los mismos, no hay obligación de volver a calibrar cada año los productos en función de un objetivo comercial en constante mutación. Y además se produce un continuo recambio, ¿lo entiende? ¡Si existe alguna certeza es que los viejos morirán en un plazo breve, y que en un plazo breve serán sustituidos por otros viejos idénticos a los precedentes!

Por otro lado, queridísimo amigo mío, las empresas no dejan de sacar a todo trapo nuevos productos para los viejos. En función de sus gustos y de sus disgustos, para sus caminatas por los alrededores y para sus cruceros, para sus safaris y para sus excursiones de montaña, para su creatividad gastronómica y para la artística, para su formación cultural y para su rehabilitación. ¡Cuánta abundancia, apreciado Quirino! ¡Cuántas oportunidades! ¡Hay todo un mundo, allá fuera, inventado expresamente para ellos! ¡Para ustedes, debería decir más bien, Quirino! Ahora sé que no resulta ya ofensivo llamarle viejo. Ahora sé que es una auténtica suerte el formar parte de esa categoría.

No recuerdo, apreciado amigo, cuál era el motivo de esta carta mía. Lo cierto es, sin embargo, que ahora me sentiría un tirano si me empeñara en seguir reteniéndole. ¡Solo ahora me doy cuenta, tras haber razonado por escrito junto a usted, de que lo mío ha sido un secuestro! Que hasta hoy mismo, al obligarle a una reclusión forzada entre los muros de esta empresa, le he privado de la posibilidad de disfrutar de ese maravilloso parque de atracciones que el mundo ha montado para los viejos. Considere la presente una carta de indemnización por los daños infligidos, apreciado Quirino. Una carta de mortificadas disculpas por todo lo que le he obligado a perderse. ¡Considérese desde este momento libre para ir a reunirse con el resto de los viejos! Y visto que últimamente anda usted un poco desmemoriado, no se olvide de dejar las llaves en la portería antes de las doce y media de mañana y no más tarde.

Saludos cordiales

Hemos comido en la cocina desnudos, los tres. Martina me ha dicho que es lo que hacían con su padre una vez al mes, la cena de los hombres primitivos. Hasta que no vuelva, me toca a mí ser el jefe de los hombres primitivos. El exdirector de ventas con la tripa de las grandes ocasiones y los testículos colgando de la silla delante de los niños, quién lo hubiera dicho. A la madre no me la imagino, aún está en la playa caminando con la suya, con su propia madre, para no dejar que la alcance el ictus.

Martina dice que los pigmeos van siempre desnudos, aunque claro, ellos viven en los árboles, nosotros somos occidentales y árboles tenemos solo en los parques, y allí viven los pajaritos. Hemos comprado helado, y un pollo asado que daba vueltas en el horno de la tienda, con las patatas fritas debajo pillando toda la grasa que caía de las varillas. En la cena de los hombres primitivos uno hace lo que le da la gana, come lo que quiere pero no con los cubiertos. Lo único es que hay que estar sin ropa, ni siquiera calzoncillos.

Federico se ha puesto a mirarme el pito con insistencia, y yo lo sentía como una piedra que me colgaba del cuello. Ha querido tirar de él, los pigmeos hacen siempre eso de usar la polla como si fuera una goma elástica. Y así me ha llevado a rastras por la casa, dice que es como jugar a tirar de la soga. Nos hemos caído en el comedor los tres delante del televisor enorme, el gato nos ha puesto una zancadilla. Ellos se reían mientras decían Qué daño, Emiliano se ha largado a toda mecha.

Los tres nos hemos comido el pollo con las manos, Martina que se embadurnaba la cara, Federico que se ponía unas patatas detrás de las orejas como hacen con los cigarrillos en las películas cuando los duros quieren impresionar a alguna mujer. Incluso les he dejado beber, un vaso de cerveza cada uno, y luego han cantado desnudos en el balcón la canción del renacuajo que se enamora de la rana y todos claman contra el incesto.

Ahora vamos a hacer caca, me ha dicho Federico acuclillándose en el suelo. Nos hemos agachado los tres, en fila como en el colegio. Listos, ya. Y nos reíamos mientras hacíamos ruidos, reíamos como nunca lo habíamos hecho, Federico que modelaba la caca como si fuera plastilina, Martina que se reía y decía Qué asco, eso no lo hacen ni siquiera los hombres primitivos. Luego nos hemos metido todos en la bañera, yo que los manejaba como barquitos en la

espuma.

Cuando los he metido en la cama bien limpios eran las tres, en la cama grande, se han quedado dormidos como lirones. Lo he limpiado todo, he arreglado la casa, he devuelto los juguetes a su habitación. Todo debe quedar como estaba antes cuando el exdirector de ventas vuelva a casa, sin rastro alguno de mi paso. Me he terminado el pollo, he tirado las patatas fritas. Me he dejado caer sobre el sofá, me quedaré dormido como cada noche sin darme cuenta, con el consabido documental sobre los animales de la selva. Quién sabe si los pigmeos sabían de los renacuajos. Había una vez uno que se había enamorado de una rana y todos clamaban contra el incesto.

El director de personal me llama a menudo por las noches, me dice Tengo grandes proyectos para usted. Me llama muy tarde, a ver cómo reacciono ante las llamadas que me hace. Una noche, cuando me telefonea, estoy subido al tejado persiguiendo al gato que se ha escapado, Federico llora y grita que no sabe dónde se ha metido. Cuando suena el móvil me pega un buen susto, en mi precaria posición sobre las tejas. El director de personal dice Buenas noches, y dice ¿Sabe que la empresa cree mucho en usted? Me siento lisonjeado, y al mismo tiempo me acerco de rodillas a la cornisa. Verá, dice por teléfono, habíamos apostado por el caballo equivocado, el exdirector de ventas. Me pregunta ¿Es usted un caballo ganador? No lo sé, no sé si soy un caballo ganador, mientras el gato pasa zumbando ante mis ojos y vuelve a entrar en casa. No lo sé, no sé si soy un caballo ganador, vuelvo a repetirle a cuatro patas sobre el tejado.

A la mañana siguiente me topo con él, me arrastra a una esquina, me dice Gánese una reputación. Déjese ver en la convención, colóquese en las primeras filas. Dos horas más tarde estamos en el auditorio, todos los mandos, todos los directivos. La secretaria del director de personal nos ha convocado con una circular, Aplazar todos los compromisos, cancelar las citas. Prioridad absoluta, está escrito en la convocatoria, el asunto es Gestión de recursos humanos. Hemos entrado en grupos como en el colegio, los empleados sentados que llamaban a otros empleados que iban llegando, guardándoles el sitio; yo he acabado en la tercera fila, bastante a la vista.

El director de personal está de pie sobre una tarima, pide silencio uniendo las manos en actitud de oración, el auditorio queda en silencio. Nos dice Gracias, en primer lugar. Quisiera decirles una sola palabra, Gracias. Gracias a todos por estar aquí, aplausos. Pide de nuevo silencio con las manos ante el rostro, unidas en oración. Dice Somos una gran empresa, aplausos. Dice Si somos una gran empresa es antes que nada por mérito de ustedes, ovación. Después de los aplausos el auditorio bulle entero de voces, la gente se revuelve en las butacas rojas, vuelve a guardar silencio. Nos mira a todos juntos, dice Hay que ver lo guapos que son ustedes, hay que ver cuántos son. Aplausos.

Comienza su discurso diciendo que se siente orgulloso de comunicarnos que la empresa está a punto de poner en marcha un

gran proceso de purificación. Purificación de la empresa, purificación de los empleados, purificación de la producción entera. Hay un vocerío de fondo. Inclinado sobre el proyector, el director de personal pone unas transparencias debajo de una lámpara, las vemos enormes sobre la pared. Dice que la purificación es parte integrante de la productividad. Dice que es elemental, como podemos ver en el gráfico de la pared. Dice Yo no soy lo bastante puro, ustedes no son lo bastante puros, la empresa no es lo bastante pura. Podemos hacer aún más, aplausos.

Si hay una solución para todo, explica hablando quedo, habrá una solución para esto también. Antes que nada, limpieza. En segundo lugar, liberación del apego a los bienes materiales. La empresa va a estar cerrada durante una semana, dice, la próxima. Durante esos días quedará cribada de toda suciedad. Los muros, dice el director de personal enseñándonos una transparencia con el dibujo de un pincel, completamente blancos. Las paredes, alisadas. La pureza es ligereza, nitidez e higiene. Si queremos pureza, y la queremos, este es el camino que hemos de emprender. Redoblados aplausos.

El director de personal dice que debemos introducir todas nuestras posesiones en cajas y llevárnoslas a casa. Dejar fuera solo lo estrictamente necesario, meterlo en una caja más pequeña. Fuera las fotos de familia, fuera todos los extras que atentan contra la purificación. Pero eso no basta, dice el director de personal mientras aparece sobre el muro un letrero luminoso, HOTELING. A partir de la próxima semana os libraréis también del apego improductivo al espacio de trabajo. ¿Me siguen?, pregunta. Le seguimos, sentados en nuestras butacas rojas. Basta ya de la esclavitud sentimental del despacho, basta ya de la habitación emotiva de los espacios. ¿Y cómo lo vamos a hacer?, se pregunta.

Cada día, un despacho distinto. Cada mañana, dice, cogerán su pequeña caja e irán a buscarse un despacho nuevo en el que pasar la jornada. Cada día cogeremos nuestra caja, cada vez más pequeña, y nos iremos, cada vez más puros, a buscar un espacio en el que retomar nuestra actividad productiva, cada vez más en plena tensión hacia el absoluto. *Hoteling*, lo repite, una palabra salvífica. *Hoteling* es pureza y eficacia, limpieza, higiene y rapidez. *Hoteling* es el hospedaje, con las pastillas de jabón y la cama siempre hecha. En la pared está escrito *Hoteling* = felicidad individual = felicidad colectiva = aumento de la productividad. Queridísimos amigos, concluye, corran a prepararse para su nuevo camino de purificación, corran a liberarse de sus bienes materiales. Preparen

con esmero su pequeña caja de uso diario, su maleta con lo estrictamente necesario. Adelante, el viaje está a punto de empezar.

Están dentro del armario y no es que se esfuercen mucho en ocultarlo. Entro en la habitación, oigo cómo se ríe Federico, a Martina que le dice Estate calladito que nos va a encontrar. Me tumbo en la cama del exdirector de ventas, hago ruidos para que entiendan que me siento relajado, bostezo con fuerza, digo Pues aquí estamos. Que entiendan que realmente creo que estoy solo, en la habitación. Del armario, de vez en cuando, llega algún golpe desmañado, luego ya nada. Cuando se oye el golpe, permanecen callados todo lo que pueden, luego se echan a reír, Federico sofocado por las manos de Martina que le dice en voz baja Hay que ver lo tonto que eres.

Hago ruido otra vez, digo Cuánto silencio hay por aquí. Cuando hablo, ellos se ríen, están contentísimos de que no los descubra escondidos en el armario, son más listos que yo. Los oigo discutir en voz alta, Martina que dice Es todo culpa tuya, Federico que dice No es verdad, es culpa tuya. Se pelean no sé por qué, me da la impresión de que se han olvidado definitivamente de la broma. Se pelean como si estuvieran en cualquier otra parte, en la habitación y no dentro de un armario. Hasta se dicen palabrotas, dando golpes aquí y allá. La puerta se entreabre un poco, parece que van a salir, sale solo una pelota de tenis, Federico se lleva las pelotas de tenis a todas partes.

Luego dejo de pensar que están allí. Deambulo por la casa, devuelvo las cosas a donde estaban antes de su paso, veo la televisión. Abajo suena un claxon con insistencia, alguien debe apartar un coche. Hay un hombre de pie, con el brazo dentro de la ventanilla presionando sobre el volante. Toca otra vez, luego gira la cabeza a su alrededor para ver si sucede algo, si alguien sale a mover el coche. Pasa una hora, no sale nadie, yo sigo fuera en el balcón. Vuelvo a entrar, voy a buscar a Martina y a Federico, no los encuentro. Regreso a la habitación, ante el armario. Lo abro y están sentados al fondo, durmiendo encajados en el escaso espacio, Federico con la cabeza sobre la tripa de Martina.

Hay un despacho en el que están archivados todos los artículos que hablan de nuestra empresa. Hay una señora que todas las mañanas coge los periódicos, los hojea despacio, lee los titulares, si ve el nombre de la empresa recorta el artículo, lo introduce en un álbum, tira el periódico. Hoy he ido a parar a su despacho porque ando buscando mi silla. Esta mañana he entrado en mi despacho, la silla ya no estaba allí.

Nadie la ha visto, me han dicho en los otros despachos. Cada uno tiene la suya, están sentados en ellas. Si les preguntas Has visto una silla, te dicen que no, que solo tienen la suya, y que ¡Ojalá! hubieran vista otra. Si les preguntas por qué ¡Ojalá!, no te contestan, dicen Es por decir algo. Después te dicen Tal vez en el pasillo haya una, y te acompañan hasta el umbral patinando sobre las ruedas sin levantar en ningún momento las posaderas, no vaya a ser que, si uno se levanta, le roben la silla de debajo del culo.

He acabado yendo al cuarto de la señora que recorta los periódicos. He preguntado ¿Se puede? porque he visto que había una silla libre, me ha dicho Adelante. Había periódicos abiertos por todas partes, en el suelo. Parecía como si fueran a blanquear las paredes. La señora ha salido a mi encuentro con un par de tijeras enormes, esgrimiéndolas delante de mí como si quisiera retirar la nariz de donde estaba.

La señora me ha enseñado todos los álbumes con los artículos. La cara del director de personal está por todas partes, mientras estrecha manos, exhibe sonrisas, baja de los aviones, saluda con la mano mientras baja de los aviones. Dice la señora que son artículos de todo el mundo, dice Incluso de Polonia. Me enseña todas esas hojas que no se entienden, están escritas en otro idioma. Me dice Nadie sabe, en realidad, qué está escrito aquí. Un día, añade, le pregunté al director de personal si había que mandarlos a traducir, y me dijo Pero qué importancia tendrá lo que esté escrito.

En cualquier caso, esa silla no es de nadie, dice, pero no la puede usar. Y eso por qué, Porque tiene brazos. Digo Ah. Dice Los brazos son de los directivos, así lo ha comunicado el director de personal. Pregunto de nuevo por qué, me dice que el director de personal ha comunicado que solo los directivos deben entrelazar las manos para reflexionar. Para entrelazar las manos y reflexionar, ha añadido, hacen falta brazos para poder apoyar nuestros codos encima, con el cuerpo más relajado. Digo Ah. Me pregunta ¿Tú

entrelazas a menudo las manos para reflexionar? Digo No. Dice Pues eso.

Antes de que echaran al exdirector de ventas me mandaron a hacer el curso para convertirme en mando. Me convocó el director de personal, Le estamos ofreciendo una gran oportunidad de desarrollo profesional. Allí, a mi lado, estaba el director de ventas, todavía no apestaba a muerto. Asentía, dijo Una oportunidad que no puede usted desperdiciar, me estrechó la mano. El director de personal me dijo que el curso para convertirme en mando se hacía en la montaña, la diversión estaba asegurada. Perseguir a la gente enmascarado, tirarse en paracaídas, jugar a la búsqueda del tesoro.

A mi regreso de la montaña me dieron un aplauso, me había convertido en mando. Éramos tres, los tres que habían vuelto de la montaña de hacer juegos de rol. Allí tuvimos que hacer un montón de excursiones, nos fortalecían el carácter. Nos aferrábamos a las rocas embutidos en sucintos arneses, perseguíamos cabras montesas saltando de peñasco en peñasco por los pedregales, disparábamos contra latas colgadas de los árboles con fusiles de aire comprimido, nos lanzábamos río abajo por los rápidos en lanchas neumáticas, decíamos mentiras sin pestañear. Muchos acabaron por ceder, pasados los primeros días, a la tensión psicológica. Nos tenían bajo observación, no nos dejaban telefonear a nadie, a poco que fueras débil de nervios, te saltaban por los aires todos los equilibrios del cerebro. Nos repetían continuamente Estáis aquí para abandonar vuestro sistema de valores, un lastre inútil. Abandonadlo con toda tranquilidad, nos decían, que nosotros os proporcionaremos uno ya confeccionado. Lo único era que debíamos asumirlo sin oponer resistencia.

Ahora el director de personal dice que debo dar otro paso adelante en las casillas del organigrama, hay un rectángulo vacío en la gerencia de ventas. Fue un error de evaluación, lo del exdirector de ventas, el caballo equivocado. Usted se está labrando su propia reputación, ya le vi ahí delante, en la convención. Me mira rebosante de sonrisas y dice ¿Sabe en qué se nota? Se nota en el hecho de que los empleados empiezan a temerle, lo percibo en los pasillos, una buena señal. Dice La gente percibe el olor, sabe que si el exdirector de ventas ya no está con nosotros ha sido también, indirectamente, gracias a usted, a nuestro nuevo purasangre.

Aquí en el hospital ya no hay cuerpos, sino despojos de piel aferrados a los huesos como camisas a los percheros. Al exdirector de ventas le han depositado en una cama junto a otros que, al igual que él, ya no dicen nada. Son restos mortales de pliegues, cutis amarillo y arrugado y ojos de los que se ha alejado la mirada. Me han llamado esta mañana diciéndome que la situación era grave, la del exdirector de ventas. Me han telefoneado para que me diera prisa, todavía no ha muerto. Y los niños ahora están en el coche, abajo, en medio del aparcamiento vacío.

Va a venir también su exmujer, la del exdirector de ventas. Viene corriendo en coche ella también, con una madre a su lado que no dice una sola palabra.

En los pasillos solo hay gente que nada dice y nada hace. Que renquea en la cochambre de la deriva física, con los cabellos como hierbas marchitas y la curvatura hacia delante de quien tiende hacia lo bajo, de quien se deja resbalar hasta los pies para completar el círculo con el cuerpo.

Estimada Ines Citterio:

Me embarga una enorme alegría al disponerme a escribirle estas breves líneas de agradecimiento. El honor, que me ha concedido usted, de tomar parte en la celebración de su matrimonio difícilmente podrá ser cancelado por el tiempo. Me gustaría, por lo tanto, que recibiera esta carta mía con el mismo placer, la misma gratitud y el mismo estupor con los que abrí yo su invitación. EL AMOR DE INES Y MARIO TAMBIÉN TE NECESITA A TI, y al lado la foto de los dos, abrazados frente a un atardecer luminoso y conmovedor. Con los pulgares sudados por la emoción he metido el sobre entre las páginas de mi agenda y, discúlpeme por la ingenuidad del expediente, me he hecho un nudo en el pañuelo: olvidarse de una fecha tan señalada hubiera sido un desliz imperdonable.

Este agradecimiento mío le llega con retraso, pero estoy convencido de que, conociendo de cerca el frenesí de mi actividad diaria, sabrá usted disculparme. Aprovecho la ocasión también para darle las gracias por la amabilidad que sus padres demostraron hacia mí al día siguiente de la boda. ¡Qué emoción, encontrar frente a la puerta de mi despacho un recuerdo de la boda tan original y, al tiempo mismo, tan lleno de significado! Con todo, como sin duda podrá imaginarse, la composición de huevos frescos, tomates lozanos, albaricoques, melocotones y lechugas dispuestas con gusto dentro de una elegante cesta de mimbre me cogió a contrapié. ¡Cuánta naturaleza, apreciada Citterio! ¡Hasta los colegas que pasaban no pudieron dejar de subrayar con palabras de elogio la peculiaridad del obsequio! Transmita pues mi agradecimiento también a su madre, con quien, por lo demás, ya tuve manera de conversar durante la celebración. Después de haber declinado su calurosa invitación para participar en los bailes de salón en los jardines, me condujo a trabar conocimiento con todos sus simpáticos conejos, cerdos y gallinas que escarban rebosantes de alegría en el patio de la propiedad familiar.

Por último, me gustaría darle las gracias por la lección de vida que me ha dado. Verá usted, apreciada Citterio, llevo ya muchos años casado. La mía, como usted sabrá, es una unión perfecta que, año tras año, ha sabido ir consolidándose y enjaezándose con pequeñas grandes cosas, con pequeñas grandes verdades. Pero hay un aspecto, apreciada Ines, en el que ha sabido usted sorprenderme:

en su capacidad de situar ese amor que siente por Mario por encima de todo. Como se dice en estos casos, *Amor vincit omnia*! Pude constatarlo gozosamente anoche mismo, cuando, apenas pasada la medianoche, probé a telefonearle para asesorarme con usted acerca de algunas cuestiones inherentes a la inminente reestructuración de nuestra empresa. Su teléfono estuvo sonando pero, a pesar de ello, usted no respondió. Seguí insistiendo en llamarla durante más de veinte minutos, y durante más de veinte minutos resistió usted al instinto de levantar el auricular y acudir como siempre a la señal de alarma. Lo que, desde luego, le honra, Ines. ¡La felicito, Citterio! ¡Y felicito también a Mario, a quien imaginé allí con usted apoyándola en su propósito! ¡Eso es algo que yo nunca he sido capaz de lograr, el aspecto en el que siempre acabo cediendo a la tentación! Dos días antes, de la misma manera, intenté llamarla pocos minutos después de las tres de la madrugada, pero el teléfono estaba apagado, así como se mantuvo apagado a lo largo de toda la jornada del domingo. ¡Qué lección de vida, me dije mientras escuchaba el mensaje de voz de la compañía telefónica! ¡Qué resolución! ¡Cuando pienso que tan solo un mes antes contestaba usted prontamente a mis llamadas nocturnas, que mostraba toda su disponibilidad para cualquier emergencia, y que encontrársela sentada ante su escritorio los domingos se había convertido en una costumbre, me pregunto admirado cómo ha podido lograrlo! ¡Ante tanta integridad, apreciada Citterio mía, me quito el sombrero!

Solamente ahora entiendo en toda su extensión el alcance de su propósito. Si usted ha triunfado allí donde yo he fracasado, ello ha ocurrido precisamente en virtud de ese rico cesto depositado frente a mi despacho, listo para convertirse en reservas para el invierno. Y si todo ello ha ocurrido, mi querida Ines, ha sido también gracias a la pasión con la que su madre ha logrado transmitirle un sistema de valores en el que conejos, gallinas, maridos, cerdos y bailes son teselas de un mismo mosaico. ¡Enhorabuena, Ines! Justo ahora, cuando por cuarta vez en esta noche hago sonar su teléfono y cuando por cuarta vez logra usted vencer la tentación de contestarme, justo ahora entiendo que la suya es una empresa en la que pocos otros podrían triunfar. ¡No ceda a la debilidad, pues! ¡Dedíquese totalmente a esa misión! Sobre todo, ¡no pierda el tiempo con las estupideces del trabajo! La familia ante todo, Citterio. Para lo cual, ¡no dude en abandonar su escritorio! ¡Hágalo deprisa, y sin el menor escrúpulo, antes y no más tarde de las tres del viernes 30 del mes en curso!

En espera de recibir alguna otra vez huevos frescos, querida

Ines, le ruego que deposite en la entrada las llaves de su despacho.

Saludos cordiales

La exmujer del director de ventas ha aparecido mientras yo estaba delante de los ascensores, los bancos los han colocado justo enfrente. Allí hay una boca de metal que escupe camillas como las maletas después del aterrizaje. Y hay personas que esperan la suya, su propio equipaje, se levantan, corren a su lado y no dicen nada. Entretanto, este se aleja sobre sus ruedecillas como los carritos de la compra, y detrás va toda la laboriosidad blanca de los enfermeros que los empujan quién sabe hacia dónde.

Cuando me ha visto, me ha estrechado la mano desde detrás de las gafas de sol y nos hemos presentado mutuamente. Los ascensores seguían escupiendo aquellos envoltorios de piel y nosotros allí, contándonos quiénes éramos, con el automatismo acumulativo de quien intenta procrastinar los detalles de la premuerte. Le he dicho que los niños estaban en el aparcamiento, me ha dicho que su madre también estaba en el aparcamiento, dentro de otro coche, esperándola.

Le he hablado de los cables que enredaban a su marido en la cama. De los goteros que parecen estar siempre en las últimas gotas de subsistencia, y de los ojos cerrados. Ella asentía desde detrás de las lentes oscuras de las gafas, mientras yo retrocedía hacia los ascensores. Le he preguntado si quería saludar a los niños. Me ha dicho Preferiría que se los llevara a la playa, yo me quedaré aquí y estaré junto a él. Que sea pronto, en todo caso, no espere mucho para irse. Me ha dado las llaves de una casa en la costa a la que el exdirector de ventas iba con los niños un par de semanas durante el verano. Ella se reuniría con nosotros allí.

Cuando me he acercado al aparcamiento, la abuela estaba junto a mi coche hablando en voz baja ante la ventanilla. Dentro estaban Martina y Federico, encerrados con llave, y silabeaban con la boca ancha y torcida que ponen quienes quieren hacerse entender desde detrás del cierre hermético de las ventanillas eléctricas. La abuela recorría con las puntas de los dedos el perímetro de los cristales. Y ellos, desde dentro, ponían las manos donde las ponía ella, se tocaban falsamente como los encarcelados.

Le he puesto una mano en el hombro y la abuela se ha dado la vuelta despacio. Me ha mirado como la cosa más normal del mundo, aunque no nos hubiéramos visto nunca. Cuando he abierto, los niños se han abrazado a ella, Martina por delante y Federico por detrás, con las mejillas aplastadas contra su falda. Pero no le han

preguntado nada, a ella que nada entendía. Es el olfato que tienen los niños para la muerte. Se hablaban como náufragos, que no saben lo que ha sucedido y se ríen sin creer aún en la tierra firme.

He ido a recoger al director de personal que venía de Brasil, al llegar aquí le han hecho añicos la ventana, una pelota de tenis. Cuando ha aterrizado yo estaba en el interior del aeropuerto, sosteniendo en lo alto un cartel que tenía escrito el nombre de nuestra empresa, entre la multitud de los parientes que esperaban a sus parientes. Ha venido a mi encuentro, me ha pedido que acercara el coche a la salida para cargar en él todo el café que había comprado para los empleados.

De vez en cuando hacemos reuniones como estas en las salas de espera de las estaciones, en el aeropuerto poco antes de embarcar, en los coches estacionados en los aparcamientos. Me telefonea por la noche ya tarde, me convoca para estos encuentros adulterinos, yo monto en el coche y me reúno con él, le llevo a donde tenga que ir. Luego nos quedamos con el motor encendido, él me habla muy deprisa de las urgencias de la empresa, dice Las decisiones importantes se toman antes de abrir la portezuela. Luego sale y lo veo alejarse, con la oreja ya dentro del teléfono, haciendo gestos a los coches que no le dejan cruzar al otro lado de la calle.

Se disculpa por el retraso, Ya sabe cómo son estos pilotos brasileños. Llenamos el coche de paquetes, él que me los pasa, yo que los voy encajando en el maletero. Por fin un poco de tranquilidad, dice dejándose caer en el asiento, Me la tengo pero que muy merecida. Me da las gracias por haber ido a buscarle, Le he visto un poco descontento en los últimos tiempos, me gustaría saber si hay algo que va mal. Dice que ante todo se considera mi amigo, abrirle el corazón, vaciar el saco. Cuando mira por la ventanilla ya se ha olvidado de la pregunta que me ha hecho, ¿Sabe que ya no soporto todas estas obras? ¿Sabe que en otros países las obras no duran tanto como aquí? Luego da un respingo sobre el asiento, su mirada se ha topado con la rana de Federico apostada sobre el salpicadero.

Dice que en Brasil se pasan la vida bailando, esa gente sí que sabe divertirse. Saben disfrutar de las cosas sencillas, él les ha enseñado también a trabajar un poco, pues tal vez haya tanto sufrimiento porque hay cierto exceso de baile. Sin embargo, quiere abrir un salón de baile aquí, el mes que viene llegará uno de Brasil, a enseñarnos unas cuantas cosas, a mover las caderas como Dios manda. El experimento de los campos de deporte ha sido todo un éxito, ¿verdad? Dice que estamos todos más alegres también en

nuestra empresa, casi casi habría que organizar un torneo, él jugará también. Luego vuelve a hablar de mi descontento, Por qué no descansa un poco, ya verá la sorpresa que le tendremos reservada a su regreso.

Cuando hemos entrado en el patio había unos cuantos empleados jugando al tenis. Nos hemos parado a observarlos al borde del campo, decía Muy bien y aplaudía, luego daba sugerencias a voces con la cara muy colorada, decía ¡Salga al encuentro de esa bola, caramba! El empleado se daba la vuelta y decía Gracias, el del otro lado mientras tanto ganaba el punto, el director le gritaba ¡Valiente patoso!

Ha entrado en el campo con el traje oscuro y la corbata, Ya te enseño yo, le ha dicho al patoso. Le tiraba las bolas despacio, le chillaba que se las devolviera lo más fuerte que pudiese, el otro lo intentaba, las tiraba cada vez más altas contra el muro. Él le gritaba que sería mejor que jugara al béisbol, no al tenis. Le ha lanzado una pelota contra la raqueta plana, el patoso ha cogido carrerilla, le ha mandado tan lejos que ha ido a parar a la ventanilla, haciéndosela añicos.

En la empresa todo el mundo va vestido con bermudas y chanclas, a mí nadie me ha dicho nada. La secretaria del director de personal lleva una guirnalda de flores y saca fotos a todos los empleados que deambulan por los pasillos. Después corre a ver al director, se las enseña, él asiente de lo más exultante con la cabeza y vuelve a entrar en su despacho, él también con sus bermudas y los pies embutidos en unas sandalias.

Estoy delante del despacho del director de personal para decirle que al final voy a marcharme unos días. Estoy ante la puerta y veo que todos me pasan por delante, poniéndome mala cara porque llevo corbata y traje oscuro como siempre. La secretaria me apunta con el objetivo, me dice Eso no está nada bien, anda que venir así vestido. Dice que me arriesgo a una amonestación por escrito. Me arrastra hasta su despacho, saca un kimono, dice Mira a ver si esto te está bien, es de mi marido. Me lo pongo, levanta los pulgares hacia arriba, me saca una foto. Dice Así estás impecable. No te preocupes por los zapatos, si caminas descalzo será perfecto.

Salgo con el kimono y me cruzo con el director de personal, que me lleva a su despacho. Digo Precisamente quería hablar con usted, tengo que ausentarme, un asunto urgente. Podría aprovechar la semana de cierre para la limpieza del *hoteling*. Nos sentamos uno frente al otro en las butaquitas de terciopelo, yo vestido de japonés, él con ropa de complejo turístico. Me habla de inversiones futuras y de estrategias de comunicación, de calidad global y de acabado y remate. Me concede el permiso y me insiste una vez más en lo de la reputación. Me habla como si ambos estuviéramos encorbatados, sentados oficialmente para planificar el destino de la empresa. En cambio, yo voy con kimono y él con bermudas, y lleva los pies embutidos en unas sandalias.

Luego me dice ¿Qué opinas de esta estrategia de puesta en valor de las individualidades del personal? Pregunto Cuál, él me señala mi traje de samurái. Digo No está mal, gracias. Añado Cómodo, pasándome la mano por las flores dibujadas en la tela. Replica Me alegra, estaba seguro de tenerte de mi lado. Un día a la semana, me explica, estamos todos invitados a ser nosotros mismos, el viernes. Digo Gracias por la invitación, me esforzaré yo también por ser yo mismo. El viernes por la mañana uno se levanta, mira el calendario, ve que es viernes, se viste como le viene en gana.

Es una estupenda novedad para poner en valor a las personas,

dice. El resto de los días uno se levanta, ve qué día es, no es viernes, así que debe ponerse la corbata, debe ponerse el traje de chaqueta y zapatos de tacón, es un ejercicio de profesionalidad, no es mirarse y elegir la persona que uno quiere ser ese día.

Llaman a la puerta y él grita ¡Nada de golpes en la puerta hoy! ¡Adelante sin más, como si estuvierais en vuestra casa! ¡Cuántas veces os lo tengo que repetir! Entra el asistente del director general. Va vestido con un blusón a cuadros, parece un *sheriff*. El director de personal dice No son solo las ropas las que han de sentirse libres de ser como quieran los viernes. También las personas deben comportarse como mejor les parezca. Así que tuteadme, que hoy es un día dedicado a las personas, que se vea que de verdad somos todos amigos aunque el resto de los días nos hablemos de usted. Llamadme por mi nombre, llamadme Giancarlo. Oye, Giancarlo, dice el empleado vestido de *sheriff*. Qué pasa, contesta él, cuéntamelo todo, hombre. Que el tío dice, Gianca, que si levantas el culo de la silla y te pasas un par de minutos por la secretaría le harías un favor. Así me gusta, se regocija el director de personal. Informalidad y amistad declarada.

Han preferido ponerse juntos detrás, sin zapatos y con los pies en los asientos. Desde allí van haciendo el recuento de las ferreterías que hay a lo largo del camino, a mí tan solo me piden que lleve la cuenta y que conduzca. El primero que llegue a las diez ferreterías gana un destornillador, es una obsesión que tienen. Él sentado, ella de rodillas, cada uno mirando por su ventanilla, como cuando se llega al lugar de vacaciones y todo ha de ser registrado, formando el extracto de la cuenta de la felicidad.

Por el espejo retrovisor los veo poco, se mantienen fuera de mi campo visual en la medida que pueden. Se gritan números y nombres de repente, explosiones vocales. Conducir un taxi debe de consistir en esa imprevisibilidad de audición que va de paseo con el taxímetro, retazos de cosas que desembarcan de repente en los oídos, que añaden o sustraen silencio a la calle.

Cuando tienen que pedirme algo me llaman Ambrosio, porque Ambrosio es el señor de un anuncio de bombones que ponen en la televisión. Él trabaja de chófer uniformado y detrás hay una mujer de lo más caprichosa que siempre llama a Ambrosio. Ellos se dan aires y después me dicen Ambrosio, un bombón; yo se lo doy. Ya me había advertido el exdirector de ventas que era obligado jugar a Ambrosio cuando se monta en coche.

Vamos de camino a la playa. Nos hemos levantado temprano, esta mañana, recoger la cena de ayer, arreglar la casa, cambiar la arena al gato. Hemos desayunado en el balcón, Martina que ponía la diminuta mesa, tres servilletas, dos cuencos para ellos y para mí la tacita porque los mayores ya no toman leche. Eran las siete y allí estábamos nosotros tres sin decirnos una sola palabra. Hemos terminado deprisa, hemos recogido la mesita a la carrera y después Martina y Federico de pie sobre un banquito delante del fregadero, ella lavaba los cacharros, él los secaba y los apilaba a un lado.

De modo que ahora vamos de viaje, por el último tramo de ciudad con tiendas. Luego se quedarán dormidos detrás, tumbados sobre los asientos, Martina con la cabeza al lado de los pies de Federico y viceversa, como zapatos en una caja. Y yo entonces procuraré no pararme para no hacer ruido con la portezuela, no hacer pis. Confiaré en quedarme solo haciendo de chófer uniformado de dos niños a los que no sé qué contar, tan solo conseguir que se rían, llevarlos a bañarse, comernos la pizza con las manos, hacer dibujos en la terraza, contar los aviones que laten en

la noche.

Esperaré una llamada, y entretanto los llenaré de tatuajes, de esos que uno se pone en las fuentes echándose agua encima y luego el escorpión que se te aparece en un hombro, la rosa en la espalda. Nos teñiremos el pelo de rojo, Federico se pondrá en las orejas las pincitas metálicas de los calcetines y será su trozo de adolescencia a los cuatro años. Martina será mi diminuta novia con gafas, le haré miles de cumplidos, sus piernas de cabra montesa, las rodillas contra el pecho sobre la silla mientras come. Y confiaré en que no me hagan preguntas, en que no me pidan que les explique nada. Me gustaría que siguieran durmiendo para dejar que descansara, su padre con su hígado equivocado, ese que su cuerpo no quería. No decir nada yo tampoco, borrar las palabras, no pensar más que en las áreas de servicio que van dando los números a los kilómetros.

Entonces me detendré en un área de descanso para extraviar yo también mis pensamientos, dejar atrás la visita de ayer al hospital. Los tubos que le salían de la nariz, la bolsa del goteo, la mitad de la clepsidra, la otra mitad su cuerpo. No me decía ni una palabra siquiera, seguía tan solo con el verde en la cara, el pelo sudado, el mal olor. Y ese chico que la había palmado para nada, un hígado a la basura, y un cuerpo que no lo acepta como un hijo que ha salido mal. Conduciré, y no pensaré en ellos dos, ahí detrás, como dos niños abandonados al borde de la carretera poco antes de que pasara yo.

Estimada Irma De Mello:

Antes que nada, ¡muy feliz cumpleaños! Esta mañana han sido para usted mis más tempranos pensamientos: mientras me liberaba de las sábanas y metía los pies en las zapatillas que siempre coloco paralelas junto a la cama, mi mirada se ha posado en el calendario. Había un signo exclamativo junto a la fecha de hoy. Y al lado, en mayúsculas, estaba escrito IRMA DE MELLO CUMPLE AÑOS. Es costumbre mía, como sin duda sabrá, apuntarme los cumpleaños de todos los empleados de la empresa y encargarme en el curso de la jornada de felicitar personalmente a los interesados con un caluroso apretón de manos. Pero usted es una persona especial, ya lo sabe, y por eso he decidido sentarme ante mi escritorio y escribirle la presente carta.

Lo cierto es que llevo muchas semanas pensando en usted. Para ser exactos, hace muchas semanas que es usted mi último pensamiento antes de quedarme dormido, por la noche, y el primero después de despertar, por la mañana. Fíjese que desde hace unos cuantos días mi mujer, antes de ponerse de costado y abandonarse al merecido descanso, me pregunta en qué estoy pensando. E indefectiblemente yo le contesto: Estoy pensando en Irma De Mello. ¡Acabará por ponerse celosa! Pero ¡claro que no! ¡No se preocupe! Sabe perfectamente que la familia es la principal inversión de mi vida. Por decirlo con un lenguaje que, apreciada De Mello, usted bien conoce, mis seres queridos representan mi *core business*.

Pero hoy es un día muy especial. Porque celebramos también, ¡qué coincidencia!, el trigésimo aniversario del nacimiento de nuestra prestigiosa empresa. De modo que empezaré por transmitirle a usted, a través de un cauce del todo privado, mi agradecimiento, ese que posteriormente, en el discurso de esta tarde, extenderé a todos los empleados. Así pues: ¡gracias! ¡Gracias, Irma De Mello!

Bien sabe usted que si la empresa ha alcanzado los resultados que ha alcanzado, en buena parte el mérito es suyo. Y, para entrar más en detalle, si el departamento de personal, que yo indignamente dirijo, ha adquirido la credibilidad que le es propia, el primer gracias, nuevamente, debe ir dirigido a usted. Cuando hace cinco años la recibí en mi despacho no tuve siquiera un instante de vacilación. Sería usted quien estaría a mi lado en la

difícil tarea de la gestión de los recursos humanos. Estaba usted en aquel entonces recién salida de la universidad, radiante con esa belleza estilizada y sin coquetería que tan rara es en el mercado. Me sonrió, ¡y supe inmediatamente que no me arrepentiría!

Cuánta razón tuve, apreciada De Mello. Nunca me he arrepentido; todo lo contario, su fascinante presencia a pocos metros de mí siempre ha hecho más jovial y despreocupada la tramitación de los expedientes. Gestionar los recursos humanos junto a usted era como conducir con el piloto automático y poder mirar por la ventanilla. Como usted sabe, la nuestra siempre ha sido una colaboración cuya palabra de orden era: diálogo. ¿Se acuerda de lo que le dije apenas la vi entrar en mi despacho? En primer lugar están las personas, señorita. Y por lo tanto: diálogo, diálogo, diálogo. En el curso de los años, apreciada De Mello, hemos sido de lo más eficiente a la hora de aplicar esta regla. No me demoraré en recordarle cuánto diálogo ha habido entre nosotros dos, fuera del horario de trabajo, en esas cenas que organizábamos para no reducir nuestra colaboración a un frío intercambio de información. ¡No me demoraré en recordarle, apreciada De Mello, cuánto diálogo en los viajes de trabajo! No me demoraré en recordarle, por último, cuántos pequeños subterfugios, ¡hay que ver!, para que pudiéramos arañar algún fin de semana o alguna esporádica velada para seguir dialogando un poco más en la intimidad, para continuar afirmando contra todo y contra todos que el trabajo no es tan solo cortesía y diligencia, que el trabajo no es tan solo burocracia y jerarquía, ¡sino relaciones humanas! ¡Relaciones humanas, apreciada De Mello!

Hoy, como le decía, la recuerdo con especial placer porque es su cumpleaños. ¡Treinta años son una edad importantísima! Yo, por desgracia, esa época solo puedo recuperarla en los álbumes fotográficos. Y la recuerdo con particular cariño a causa de ese deplorable accidente de coche que hace un mes la postró en una silla de ruedas, paralizada de cintura para abajo y con el rostro definitivamente desfigurado. ¡Qué congoja verla maniobrar por la oficina sobre sus dos ruedas! Y, sin embargo, ¡con cuánta pericia y agilidad ha aprendido ya a manejarse con su nuevo vehículo! Así pues, de nuevo mis felicitaciones de todo corazón, apreciadísima De Mello.

Desde luego, nuestro diálogo se ha resentido un poco, como era de esperar. Y los viajes de trabajo, que daban oxígeno y vitalidad a nuestra tarea diaria, han cesado inevitablemente. Cuánto lo siento, apreciada De Mello, porque he podido darme cuenta día tras día de la falta que le hace a usted ese diálogo. Porque sin diálogo se me

marchita usted ante mis propios ojos, como las plantas privadas de los amorosos cuidados del jardinero. Es por eso, le diré la verdad, por lo que en las últimas semanas ha representado usted mi último pensamiento antes de acostarme, por la noche, y el primero después de despertar, por la mañana.

Pero por fin pude solventar anoche esta obsesión que me atormentaba. Lo entendí de repente: lo que usted necesita son nuevos estímulos. Y fue precisamente en plena noche cuando tuve mi epifanía. Acababa de meter en la cama a mis dos niñas, Ludovica y Benedetta. Como todas las noches, mi mujer y yo disfrutábamos de unos momentos de intimidad frente al televisor. La luz del cátodo nos hace sentirnos más unidos y más sinceros: ha sido siempre ante el televisor cuando hemos solucionado los grandes problemas que la vida ha puesto en nuestro camino.

Pues eso: mientras estaba haciendo zapping tropezamos con una transmisión deportiva. Su tema: ¡el deporte para discapacitados! Mientras mi mujer y yo seguíamos abrazados, como siempre que vemos la televisión, emitieron un reportaje sobre las paralimpiadas. Pero ¡qué invención más maravillosa! ¡Cuánta competitividad, cuánto entusiasmo y, sobre todo, cuánta gratificación! ¡Todos los atletas, sin exclusión de ninguno, exhibían unas enormes y eufóricas sonrisas en sus rostros!

Fue entonces, apreciada De Mello, cuando pensé en usted. Fue entonces cuando pensé al mismo tiempo en su falta de estímulos durante el último mes y en la pericia con la que maneja la silla de ruedas en los espacios más prohibitivos de la oficina. ¡Entonces comprendí, con lucidez y con el corazón rebosante de cariño hacia usted, apreciada De Mello, que era ese su camino, que tan solo yendo en esa dirección podría recobrar la sonrisa que ha perdido! Y es por tal razón por la que me he permitido, como ya se habrá dado cuenta por el paquete del que esta carta es indigno acompañamiento, obsequiarle con una silla de ruedas de competición. Es la mejor, me lo han asegurado. Es exactamente la que usan los atletas más famosos del mundo.

De modo que ármese usted de valor y decídase a reconquistar su sonrisa, apreciada De Mello. Lance su corazón por encima del obstáculo y huya de este lugar con toda la fuerza de sus piernas.

Saludos cordiales

P. S.: Puede dejar las llaves de la oficina a la portera, gracias. Siéntase libre de correr al encuentro de sus sueños a partir del 31 del mes en curso.

Les he dejado que vayan a hacer la compra ellos solos. Aquí en la playa es todo mucho más pequeño, no hay coches. Estamos aquí y todo parece lejano, acurrucados en este rincón que para ellos es de vacaciones, para mí la espera de algo. Federico ha querido llevarse la calculadora, a Martina no le salen bien las cuentas, nos dan la vuelta equivocada. Martina dice que no es verdad, eso de los cálculos. Dice Hazme una pregunta, él dice Cuatrocientos veinte mil billones por diecisiete mil setenta y un millones coma cincuenta y cuatro más dos dividido por siete. Martina levanta los ojos por encima de las gafas, mira hacia lo alto, dibuja una sonrisa en la boca con las dos manos por delante. Se apoya el dedo sobre los labios, gana tiempo, dice Ehhh, Federico se ríe tanto que se retuerce las manos, No lo sabes. Ves como no lo sabes. Ella se echa a reír, se pone colorada, dice Eso no vale, hay demasiadas comas. Corre tras él mientras los dos gritan.

Cuando se marchan, Federico lleva la calculadora en la mano y aprieta las teclas al azar. Cuatro millones de billones divididos por setenta y siete cien mil. Un billón por tres mil billones de billones. Ríe fuerte él solo y se inventa los resultados, Martina intenta arrastrarlo de la mano, diciéndole No hagas el tonto que tenemos que ir a hacer la compra. Cuando cierro la puerta, Federico aún sigue gritando cifras por las escaleras, al llegar abajo me llaman al portero automático. Es Martina, que me pregunta cuánto pan tienen que traer, por detrás Federico grita cien billones de hogazas.

Al cabo de media hora llaman otra vez, Martina dice que han comprado las hogazas pero que se han olvidado de los cigarrillos. Les pregunto si han echado bien las cuentas, Federico dice que han gastado poco, con el resto se han comprado una moto de carreras. Se acerca y se aleja del telefonillo, de vez en cuando no le oigo. Dice que la moto la han comprado usada, la han comprado para mí que no tengo. Digo por el auricular que no me hacía ninguna falta esa moto, pero que de todas formas me alegro mucho por el regalo. Dice espera que eche cuentas, dice si la devolvemos podemos comprar otros cinco millones de hogazas.

Entretanto llaman a la puerta, abro mientras Federico sigue hablándome por el telefonillo, es Martina que ha subido a casa, no lo soporta cuando se pone a hablar y no para. Dice No lo soporto cuando se pone a hablar y no para, mientras él sigue diciéndome que si vende las hogazas que ha comprado, tras devolver la moto de

carreras, se compra un barco gigante y ya no vuelve. Martina menea la cabeza con gesto desconsolado, dice Es tonto de remate. Me quita el auricular, dice Federico, nos estás matando de aburrimiento. Él dice Vale, pues ahora subo y así hago el cálculo de cuántos escalones hay y si se rompe uno y medio cuántos quedan.

Cuando Martina me ha despertado ya casi era de noche. Me había tumbado media hora antes pero había soltado amarras, hubiera seguido hasta la mañana siguiente. Los había dejado mientras ella le enseñaba a Federico el juego de los borricos. Ella le hacía preguntas difíciles, si él se equivocaba le llamaba burro. Era un juego que se había inventado, se divertían mucho. Yo les había dicho Me tumbo un rato, pero no me habían oído, estaban en la terraza rebuznando y poniéndose las manos sobre la cabeza como si fueran orejas de borrico.

Cuando Martina se ha subido a la cama yo tenía un mal sueño. Me daban a un niño para que lo sujetara en brazos y cuanto más lo sujetaba más pequeño se volvía, ya no sabía cómo sujetarlo, cada vez más minúsculo, hasta que se volvía tan pequeño como una canica, se me caía al suelo y no lo encontraba. Martina me ha dicho al oído en voz baja Salamanquesa, y cuando he abierto los ojos su cara estaba delante de la mía, detrás de las gafas, y se reía. Me ha dicho Pero entonces eres de verdad una salamanquesa, te llamo y te despiertas. Si no fueras una salamanquesa, si te llamaba como no lo eres tú seguías durmiendo. Yo oía a Federico gritándole borrico a quién sabe quién, fuera. Gritaba como lo hacía él, repitiéndolo una y otra vez sin parar, una cantinela.

Son las siete, me ha dicho Martina; había dormido como un lirón. De vez en cuando venían a mirarme, me estaba muy quieto, roncaba fuerte. Cuando todavía vivían todos juntos, su mamá no soportaba a su papá porque roncaba, por la noche discutían y nadie podía dormir, al final se quedaban dormidos a las seis durante unos cuantos minutos. Al día siguiente tenían ojeras, ambos sentían cargo de conciencia. Una vez su papá se fue a dormir con ellos a su cuarto, a causa de las discusiones, y los que no durmieron fueron ellos, aquella noche. Le apretaban la nariz con los dedos, él hacía el ruido de los cerdos, ellos se reían, él continuaba, ellos se ponían las almohadas sobre la cabeza.

Me habían despertado porque sonaba una música, no sabían lo que era, querían ir a ver. Me he metido bajo la ducha, seguía durmiendo debajo del agua que caía a chorritos desde la alcachofa. He dicho Poneos muy elegantes que vamos a salir. Cuando he salido del baño ya estaban delante de la puerta cantando la canción del renacuajo sentados en los escalones, Martina con el bolsito bajo el brazo. Y el renacuajo dice ay, mira, es la rana de mis sueños,

descarado, dicen todos, no ves que eres muy pequeño. El renacuajo dice Amor, con sus ojos de boquita, te lo pido por favor, siéntate aún más cerquita.

Cuando hemos salido a la calle estaba llena de gente. Todo el mundo se encaminaba hacia la música, en la pista de petanca, la fiesta de Santa Anna. Martina y Federico corrían delante de mí y cada pocos metros se volvían hacia atrás, en medio de la gente, buscándome; yo los saludaba. En este pueblecito de costa, que es un pasillito corto donde por la noche cantan las ranas, quién sabe de dónde han salido todas estas personas. Nosotros, como ellos, allí en medio muy elegantes para la fiesta, vamos nosotros también.

La pista de petanca eran miles de mesas de madera y una explanada, con los menús escritos con rotulador sobre cartones, la gente sentada con la cabeza en los platos de plástico. Dentro apenas podía moverse uno; los sujetaba a mi lado, cada uno de una mano. La música sonaba altísima sobre un pequeño escenario en un rincón, el cantante con una camisa a cuadros, la cantatriz con un vestido, un chico detrás que golpeaba lento una batería. Nos hemos puesto en fila, sacar los tiques para la comida, ponernos en la cola de las patatas fritas, ellos que saltaban delante de mí, ver que echan dentro del aceite las patatas congeladas.

En la larga mesa éramos los últimos tres de un grupo de comensales que ya se conocían, hablaban en dialecto, contándose cosas. Martina y Federico se partían de risa con todo aquel jaleo, la multitud de personas que se habían lanzado delante del escenario y bailaban y daban palmas. Había un señor alto con riñonera que bailaba las canciones a su propia manera, se contorsionaba exaltado, saltaba, hacía piruetas mientras los demás bailaban las lentas, él llevaba su propio ritmo, el mismo para cada canción. Martina me decía Pero míralo, yo lo miraba y nos reíamos mucho con la boca abierta, y volvíamos a mirarlo y a reírnos, Federico hundido en la mayonesa.

El cantante había enarbolado la cara de los grandes conciertos y gritaba Y ahora todos con las manos en alto, la gente ya no podía más. Había señores que no bailaban desde hacía veinte años, que se movían despacio pero con gracia, y chicos que se encendían cigarrillos marcando el compás con los pies, mirando a las chicas bailar esas canciones de tantos años atrás, con la misma base bajo cada pieza nueva.

A Martina se le había metido en la cabeza que quería bailar y tiraba de Federico, que me tenía cogido de la mano. Y los dejé que se fueran, aunque sin perderlos de vista. Yo que me quedaba ante el

umbral de toda aquella gente, ellos que saltaban enloquecidos junto al hombre con la riñonera, me miraban riéndose, me reía yo también. De vez en cuando desaparecían, luego volvían a aparecer, Martina con las gafas resbalándole por la nariz debido al sudor. Y levantaban las manos, imitaban a los demás, haciendo sus piruetas ellos también, bailaban las lentas y ella hacía de hombre, Federico muy pequeño con la cabeza apoyada sobre el pecho de Martina.

No pensaba, resistía fuera de lugar, los miraba, incapaz ya de reírme. Y ellos que al rato corrían a mi alrededor, me tiraban de los brazos, saltaba entre la muchedumbre junto a ellos, hacíamos coreografías completamente deslavazadas, y nos reíamos con la boca abierta delante del cantante con la camisa a cuadros. Y ahora las manos en alto, todos juntos.

Quieren darse un chapuzón de noche, ahora. Han venido a verme a la cocina, yo estaba planchando sus pequeñas camisetas, dobladas parecen sobres de cartas. Han entrado de puntillas, yo que maniobraba con la plancha con el desgarbo deslucido del neófito. Me los he visto de pronto a mi lado, ambos en traje de baño, Martina con las coletitas y las chanclas rosas, Federico con las gafas de buceo ya ante los ojos, las aletas en los pies. Se estaban riendo en voz baja, unos silbidos apenas en la boca y los ojos de quienes no ocultan su picardía. Me han dicho Estamos listos, he preguntado Para qué. Para darnos un chapuzón, y han estallado, como quien ya no aguantaba más, en carcajadas gruesas, y se tiraban al suelo y se daban empujoncitos de complicidad y timidez.

Poco más allá de la ventana estaba el mar, el pasillo de luz de la luna. A mi lado estaban ellos, esas piernas delgadas bajo el neón de la cocina, las bocas con los dientes distraídos de los niños. Son cosas que hacen los mayores, eso de meterse en el agua cuando es de noche, eso de dejarse deglutir por la noche bajo el mar. Dejan la ropa en la orilla y corren hacia el mar, tropezando dentro. Los he observado en el sofá, ahora compungidos y a la espera, sabiendo que habían ganado. He dicho De acuerdo, salamanquesas, voy a ponerme el bañador. Han aplaudido entre risas, como si hubiera hecho una acrobacia, solo había dicho que sí.

Cuando hemos cruzado la verja no había nadie, el mar a pocos metros más allá. Los llevaba de la mano, a mi derecha y a mi izquierda, y caminábamos despacio, con las zapatillas que reculaban sobre los talones en el silencio de la noche. Se habían salido con la suya, y eso que yo en casa no conseguía apartarme del teléfono. Era incapaz de dejar de mirarlo, de esperar la última llamada de allá. Habíamos quedado en eso, con la exmujer del director de ventas, en llamarnos cuando ocurriera algo, lo único que a esas alturas podía ocurrir.

Ahora nos dirigíamos hacia el mar, ya con los pies en la arena fría de la noche. La luz en casa, por encima de nosotros, estaba encendida, la ventana abierta derramaba claridad sobre la playa. Martina y Federico se habían soltado de mis manos y corrían con desbarajuste hacia el agua, se reían y tenían miedo. Me reuní con ellos, los tres quietos al borde, en los márgenes de aquel acceso negro; no saber nada, no ver, ni imaginar tan siquiera. Nos habíamos cogido otra vez de la mano, diáfanos por aquella luz de

luna sobre el mar, las olas pequeñas que se quebraban blanquísimas sobre nuestros pies. Mirábamos hacia delante sin saber dónde.

Luego nos hemos echado a reír, he dicho Ánimo, lancémonos. Ellos me miraban, Federico que temblaba de frío y Martina a un paso del llanto, el miedo a aquel espacio negro en el que las cosas dejan de verse. He repetido Ánimo, lancémonos, cojamos carrerilla. Y hemos retrocedido unos metros, hacia la ventana abierta, aquella boca de luz. Listos, he dicho. Y mirábamos el mar.

Mientras dábamos los primeros pasos, he oído el teléfono que sonaba. Los he retenido un instante con las manos, el teléfono seguía sonando. Y luego basta, nada más.

Y nos hemos lanzado gritando dentro del mar, yo que gritaba A la carga y ellos Socorro, las manos en las manos y los ojos repletos de aquel salto. Corríamos, el agua que ya nos ponía la zancadilla y acabábamos cayendo, salpicando bajo aquella luz, en la oscuridad, tumbados en la escasa agua de la orilla. El teléfono seguía sonando. Y nosotros nos hemos levantado y sin soltarnos de las manos corríamos hacia donde el agua era más profunda, corríamos contra el mar, sin aliento.

Luego nos hemos parado, y he dicho Ahora una zambullida todos juntos, desaparezcamos dentro del mar. Me han dicho que sí. Y nos hemos lanzado de cabeza, y el agua negra nos ha engullido. Nosotros que éramos Pinocho, la ballena nuestro mar.

Cuando ha llamado al telefonillo estábamos haciendo masa para la pizza. Martina pesa los ingredientes, yo los mezclo y Federico está hipnotizado por la luz del horno que va calentándose. Lo mira como si estuviera a punto de suceder algo, por más que permanezca siempre encendido, ventilando calor por detrás del cristal. Martina tiene las mejillas rojas a causa del primer bronceado y, cuando se concentra, las gafas se le resbalan, mira por encima de ellas como los présbites.

Hemos puesto la mesa en el balcón, sobre el mar, sobre los últimos paseos de la gente. Las ocho de la tarde. Algunas horas más y ya no habrá nadie. Cuando caiga la oscuridad tan solo pasará el todoterreno de la policía, no vaya a haber alguien fornicando en la arena. Algunas noches se detienen bajo nuestra ventana, apagan el motor, fuman, miran el mar. De vez en cuando, se quitan los zapatos, se arremangan el uniforme sobre los tobillos y caminan por la orilla, hablando despacio ellos también.

La exmujer del director ventas ha llamado mientras Martina tenía las manos hundidas en la masa, decía Parece plastilina. Había harina por todas partes, incluso sobre sus gafas. Federico estaba en el balcón, de rodillas y con la cara entre los barrotes de la barandilla hablando con quién sabe quién. Proponía acertijos que la gente, por cuanto yo llegaba a entender, no parecía apreciar especialmente. Lo saludaban y luego desaparecían bajo el balcón, de regreso a casa. Él gritaba con más fuerza, para que le oyeran aunque no los viera. Pero ellos no contestaban y al cabo de un rato cambiaba de víctima, decía Eh, te digo un acertijo.

Ha subido. Cuando ha entrado en casa, Martina había terminado su pelotita de pizza y Federico dejaba caer desde el balcón una cuerda que había encontrado dentro de una cesta. Debajo había un perro, quería darle de comer la pizza que había hecho su hermana. En cuanto la ha visto, Martina ha corrido a su encuentro con su trofeo de levadura y harina. Federico, volviendo la cabeza, tan solo ha dicho Este perro es un poco tonto, mamá.

Nos hemos dado de nuevo un apretón de manos, pero no quería quedarse a cenar, de noche no ve bien, tiene que ir despacio, con el coche. Ha salido al balcón a recoger al niño, que seguía hablando con los de abajo. Y se ha sentado en la mecedora, mirando el mar, con Martina apoyada en la barandilla. Dentro, yo recogía la harina, apagaba el horno, ya comería solo más tarde; quería marcharse, se

marcharían. He envuelto la masa con un trapo de cocina y la he metido en el aparador, al calor de la levadura, dejarla crecer sin necesidad de mirarla; tan solo el estupor de deber tomar las medidas otra vez, más tarde, de cambiar la posición de las manos, la presión sobre la superficie, de volver a empezar a darle forma.

Me ha pedido perdón. Quisiera disculparme por tantas cosas, y darle las gracias. Y, mientras tanto, los niños cruzaban inclinados la cocina con los objetos de su estancia en los brazos. Se movían despacio, y parecían hormigas con los suministros para el invierno que había que llevarse lejos antes de volver aquí, hasta que hubiera barruntos de marcha. La madre miraba sus trayectorias de chancletas, y mientras tanto se había sentado a la mesa, en medio de la cocina, yo sin preguntarle qué iba a ocurrir.

Han dejado sus mercancías al lado de la puerta, las bolsas mal preparadas por los niños, con los juguetes que agujerean el nailon de las bolsas y las mochilas que no se cerrarán nunca, la ropa apelotonada formando jorobas. La madre estaba agachada y les arreglaba los pantalones cortos, dos gestos llenos de energía, yo que los embozaba siempre como si estuvieran en la cama. Ellos miraban ya hacia fuera, más allá de la puerta cerrada, y daban tirones para marcharse de allí.

Mientras tanto, en el aparador, a oscuras, la masa crecía. He cogido el trapo de cocina, lo he metido en una bolsa. Se la dejaría a ellos, ya comería yo alguna otra cosa. Le he dicho a Martina Abridlo cuando estéis en casa, dentro hay un regalo. Y el renacuajo dice ay, mira, es la rana de mis sueños, descarado, dicen todos, no ves que eres muy pequeño. Se me han encaramado encima para darme un beso cuando ya estaban fuera, la madre que cargaba con las espuertas de aquel pedazo de tiempo que ya no existía.

Se han marchado, el coche que se alejaba rápido. Y dentro estaban ellos, y aquel secreto dentro del trapo de cocina que crecía junto a ellos, iba hinchándose al calor de los asientos. No lo verían hasta mucho más tarde y se reirían, hay que ver cómo se transforman las cosas, parecen pequeñas y luego ya no.

El director de personal entra en mi despacho y mira despacio a su alrededor. Va y viene a grandes pasos, se asoma a la ventana, saluda a la calle. ¿Se ha dado cuenta de las vistas?, dice sentándose enfrente de mí. Tiene una sonrisa de satisfacción y los pulgares metidos debajo de los tirantes a la altura del corazón. Le había prometido una sorpresa a su regreso, dice, Pues aquí la tiene, y abre los brazos abarcando con ellos todo el despacho. ¡El nuevo director de ventas! Pensar que el primer día que le vi entrar aquí, ríe con socarronería, lo último que me hubiera imaginado es verle sentado en ese sillón. Mi más sincera enhorabuena, y simula un brindis con las manos vacías.

Se encamina hacia la puerta, se detiene ante mis cajas apiladas, se da la vuelta. ¿A qué espera para vaciarlas?, me pregunta señalando la pila de cartones. ¿Es demasiado perezoso o ya ha decidido dimitir? Las palabras que ha dicho hacen que estalle en carcajadas, tan roncas que se transforman en tos, se pone colorado, se apoya con la mano en la pared. Por fin alguien con el que se puede bromear, dice entre risueñas sacudidas de la tripa mientras sale del despacho, Que siga usted bien.

Pasan unos cuantos minutos y mete otra vez la cabeza dentro. Dice Ni se imagina de lo que acabo de enterarme. Se mete dentro y cierra la puerta a sus espaldas con expresión circunspecta. Se acerca a mi mesa, me dice El exdirector de ventas. Después me mira, para ver la cara que pongo. El exdirector de ventas, me susurra al oído, ha muerto. Muerto fulminado, y yo no le digo que ya lo sé.

Se desvanece con la misma rapidez con la que ha venido a darme la noticia. Antes de irse, sin embargo, me da una palmada en el hombro. Vacíe esas cajas, no me haga repetírselo. Y sobre todo no se asuste, dice sonriendo con malicia. No son cosas que le pasan a todos los directores de ventas, lo de dejarse la piel de esa manera.

Y el renacuajo dice ay, mira, es la rana de mis sueños, descarado, dicen todos, no ves que eres muy pequeño. El renacuajo dice Amor, con sus ojos de boquita, te lo pido por favor, siéntate aún más cerquita.

Ahora que ha muerto, dice el director de personal, la empresa no puede dejar de manifestarse ante el fallecimiento del exdirector de ventas Carlo Simoni. Dice que, según su deontología, si alguien muere él está obligado a decir Lo lamento mucho. Si además la deontología se convierte de personal en empresarial, añade, entonces el imperativo del Lo lamento mucho se convierte en un hecho absolutamente inderogable.

Mientras me hablaba, vaheaba sobre el rostro de sus parientes dentro del portarretratos y los limpiaba con el puño de la camisa. Luego los situaba otra vez sobre el escritorio, en el punto exacto en el que se encontraban antes de la operación higiénica, como los actores que colocan cinta aislante sobre el escenario para marcar dónde han de pararse. No tenía necesidad de mirarlo porque él no me estaba mirando a mí, absorto en aquella puesta en escena de sí mismo sobre la superficie oscura del escritorio. Y sin embargo allí estábamos, uno frente al otro, con una mesa interpuesta en la que todo se desplazaba y todo volvía indefectiblemente a donde estaba antes.

Me ha preguntado si llegué a conocerlo bien, al exdirector de ventas, si conocía a la familia, a sus hijos, a la mujer o a quien correspondiera. Sabía que no hacía falta que contestara, así que no he contestado, mientras él abría la correspondencia con el abrecartas. Me ha repetido ¿Lo entiende? No podemos dejar de manifestarnos, ahora que ha muerto. He dicho Es evidente, y quién sabe lo que él habrá entendido.

Ponga en ello todo su *pathos*, no hace falta que se lo diga. Basta con unas cuantas líneas, como conmemoración del difunto exdirector de ventas en presencia de sus familiares. Redáctelas y déjemelas mañana por la mañana sobre el atril de la iglesia. Como sabe, me ha dicho riendo, su mano es mi sicario preferido, me fío ciegamente. Por otro lado, ¿qué podemos decir que sirva de algo, frente a un hombre muerto y empaquetado? Nosotros somos la empresa, ha dicho a la vez que tecleaba unos números en la calculadora, y debemos decir cosas edificantes sobre el pasado laboral del muerto. Es lo lógico: sus parientes hablarán de su pasado familiar; sus compañeros de fútbol sala, sobre su pasado deportivo; sus excompañeros de armas, sobre su pasado militar; nosotros, sobre su pasado en su puesto de trabajo.

Hablaba distraído, perdiendo continuamente el hilo del

razonamiento. Intente imaginarse la situación, me ha dicho, no será muy complicado. Un ataúd elevado sobre una estructura metálica y todos alrededor llorando. Además, el cura, el incienso y todas las cosas que ya se saben, siempre las mismas. Un funeral como cualquier otro, en definitiva. El tiempo de llegar, saludar a sus familiares más cercanos y decir cuatro cosas sobre lo bueno que era el exdirector de ventas como director de ventas, sobre lo mucho que sentí que ya no siguiera con nosotros en la empresa. Mientras me hablaba, esbozaba sobre una hoja de papel la planta de la iglesia y marcaba sus trayectorias de entrada y de salida. Cinco minutos, y fuera de allí. Ni un minuto más.

Al cabo de un momento ya me estaba hablando de otra cosa, mostrándome unas hojas que había sacado de un expediente e invitándome a comentar, a contribuir, a leerlas con atención. Mientras tanto, contestaba al teléfono, aporreaba febrilmente el teclado, consultaba la agenda sacándola del bolsillo interior de la chaqueta. En pocos minutos, la planta de la iglesia, dibujada allí a su lado, se había llenado de números de teléfono, de cálculos y de nombres apuntados con rotulador en medio de las naves.

Le he visto llegar con el vehículo de la empresa, cuya chapa emitía resplandores bajo el sol. Dentro estaba él, el traje oscuro, acompañado por su nueva secretaria. Llevaba todas las lágrimas de la junta directiva encerradas dentro del maletín, las suyas lacradas detrás de los cristales opacos de las gafas. El chófer con su consabida vestimenta de mozo de estación, pantalones grises y polo de ordenanza. Ha abierto la puerta por el lado del director de personal con un gesto de sumisión raído, mirando el tráfico un poco más allá, en la nacional, y volviéndose a colocar en el asiento de conductor con el periódico antes de verlos salir.

Había algunas personas en las escalinatas de la iglesia hablando en voz baja, con el muerto encerrado en el ataúd a punto de llegar. Yo estaba en un coche al otro lado de la calle, con los cuatro intermitentes puestos a punto de marcharme. Y se daba esa alternancia, los coches en hilera que me pasaban por delante, luego nada durante un rato, cuando se ponía rojo el semáforo. Entonces veía al otro lado, en aquel espacio consagrado, a todo el mundo como en un desfile, listos para recibir al muerto que se aproximaba.

El director de personal y la nueva secretaria han entrado de inmediato en la iglesia; no conocían a nadie, nadie los conocía a ellos. Han entrado mirando a su alrededor, para ver el efecto que causaban al pasar. Él verificará el espacio de su discurso fúnebre, hablará con el párroco para probar los micrófonos. Un, dos, tres, probando. Probando, probando, probando. Sí. Sí. Vale. Todo bien. Ella le ajustará el nudo de la corbata contra la nuez. Él levantará la barbilla, tirando hacia arriba del cuello como para arrancarse la cabeza del tronco. Mirará el reloj con cierto nervosismo, cinco minutos y luego fuera de allí. Ella hará un gesto ordinario para tranquilizarlo, quitarle un cabello de la chaqueta, comprobar una cita en la agenda.

Y después he visto también a Martina y a Federico, sentados sobre las escalinatas de la iglesia con las rodillas contra el pecho, sin nadie que los mirara. Llevaban pantalones cortos, Martina se pasaba el dedo índice por los dedos de la otra mano, contando quién sabe qué. Federico estaba escribiéndose algunas cosas en las piernas con un rotulador. Y todos los demás estaban debajo, reunidos en grupitos de personas con gafas de sol que se daban besos y apretones de manos. La viuda pasaba de un corrillo a otro, enlazándolos entre sí en un dibujo que no existía, como los puntitos

de las revistas de pasatiempos que hay que unir con un bolígrafo formando líneas.

He tocado el claxon tres veces, como hacía al llegar la hora de marcharnos cuando estábamos en la playa. Martina ha dejado de contar y ha levantado la cabeza mirando hacia la calle. Pero yo estaba demasiado lejos. He tocado otras tres veces, mientras ya me estaba yendo, con la mano fuera en un gesto de saludo que no llegarán a ver. Y ellos se quedarán allí, olfateando el aire para buscarme, después volverán otra vez a contarse los dedos, a escribirse dibujos en las piernas. Luego entrarán todos en la iglesia, y ellos se sentarán en los bancos con las manos unidas entre las rodillas.

El director de personal hará su entrada en el momento acordado con el párroco. Se despegará del fondo de la iglesia y recorrerá la nave central con pasos firmes, limitándose a algún golpe de tos para llamar la atención. Junto a él estará su nueva secretaria, con el brazo colgado del brazo de él. Se encaminarán hacia el altar mirando a derecha e izquierda, sonriendo rebosantes de sólida melancolía y compasión. Los presentes los seguirán con la mirada sin entender, sin conocerlos. En el altar, el director de personal se desprenderá de la secretaria para dirigirse hacia el atril con una imperceptible inclinación de cabeza dirigida al auditorio.

Y yo que mientras tanto me alejaba, chófer de mí mismo. Y yo que mientras tanto era un vagón de aquel tren de coches que iban a cualquier otra parte, que ni habían mirado la iglesia al pasar a su lado. Que se alejaban de aquel antetemplo donde la gente se decía cosas, se tocaba con cordial temor y malestar, con cordial alivio por haberse librado. Calle tras calle, iba dibujando aquel trozo de ciudad que unía el centro a la periferia, las pintadas negras sobre los muros, los floristas y los quiosqueros, las motos aparcadas, los cierres metálicos de las demás tiendas echadas hasta el suelo.

De pie junto al altar, el director de personal abarcará en una única panorámica a todo su público sin decir una sola palabra, todavía con las gafas de sol. Les sonreirá a todos, distribuyendo al azar algunas miradas entre los bancos para apuntalarse en medio de aquel mar de personas. La gente empezará a hacerse preguntas sobre la identidad de aquel señor de traje cruzado frente al micrófono. Viceversa, él intentará adivinar entre las primeras filas a los parientes más cercanos al difunto, sus hijos, su exmujer. En ese cometido contará con el respaldo de la secretaria, que le señalará discretamente las figuras. Al final se quitará las gafas de sol, sopesará con la mirada la longitud del discurso fúnebre que habrá

hallado, como estaba establecido, sobre el atril y luego, tras verificar el reloj, se dispondrá a leerlo.

No había nadie en la carretera de circunvalación. Una vez finalizada la ciudad, la gente volvía hacia atrás. Quedaban únicamente los desbrozos que ardían por detrás del guardarraíl, el cielo aplastado sobre los campos, las estelas blancas de los aviones como lanchas motoras contempladas desde debajo del mar. La ventanilla era un baluarte contra las olas de aire caliente que se aplastaban contra el cristal, el asfalto un imprevisto de resplandores y vapor. No se marcha nadie a mediados de verano. A mediados de verano, decía la radio, la gente se mata. De los que se quedan, alguien entre algunos millares de personas ya no aguanta más y se marcha a su manera. Las ambulancias llegan sin mucha convicción cuando la gente se mata. Aparcan debajo de la casa y los enfermeros suben con el cura y una bombona reglamentaria.

Amigas, amigos, parientes, presentes todos. Solo unos pocos minutos para unirme al dolor que hoy nos reúne en esta iglesia para conmemorar la pérdida de nuestro querido Carlo. Si estoy hoy aquí, si confundo mis lágrimas con las de ustedes, queridos estimadísimos todos, es porque en la hora del óbito yo no puedo dejar de decir, de modo que lo digo, Lo lamento mucho. Lo lamento mucho porque, ante el sufrimiento de una iglesia henchida de llanto, ante esta desesperación tan poblada, asamblearia, no se puede dejar de decir Lo lamento mucho. Lo lamento mucho, inconsolables compañeros del difunto, porque Carlo ha sido el más fiel de los amigos. Lo lamento mucho, desgarrados allegados del fallecido, porque Carlo ha sido un marido maravilloso, un hermano incomparable, un hijo estupendo, un yerno generoso, un primo valeroso, un cuñado leal, un padre formidable. Lo lamento mucho, y lo digo con lágrimas en los ojos, porque Carlo ha sido un gran trabajador, un incansable compañero de viaje por los pasillos de esa empresa que yo hoy indignamente represento.

La carretera que lleva al aeropuerto estaba enteramente bordeada por obras que habían quedado interrumpidas. Las excavadoras inmóviles con las bocas metálicas suspendidas en el aire, los detritos amasados a cielo abierto, los cráteres socavados junto a la vía como trincheras, la cinta blanca y roja haciendo de línea de demarcación. Un niño se ha perdido en la playa, decía la radio. Ha entrado en el agua y después han visto cómo desaparecía, de repente ya no estaba allí. Su padres le han estado llamando desde la orilla, gritando mucho, gritaba también el socorrista que luego ha echado la barca al mar, remaba bronceado con las gafas de

sol. La corriente lo había arrastrado un poco, se había salvado por su cuenta. Lo habían entrevistado, se había asustado, se habían asustado todos.

Cualquiera que haya tenido como colega a Carlo, queridos amigos destrozados por el dolor, sabe lo quiero decir cuando afirmo Lo lamento mucho. Cualquiera que haya visto a Carlo manos a la obra dentro de su empresa sabe que este Lo lamento mucho abarca en un único ovillo la estima, la confianza, el orgullo, la nostalgia, la melancolía, la impotencia, el pesar. Lo lamento mucho, porque Carlo era un trabajador apasionado, un hombre capaz de afrontar todas y cada una de las situaciones, de perseguir su *mission* sin detenerse ante nada. Lo lamento mucho, porque hoy yo pierdo a Carlo por segunda vez, después de haberle visto irse de la empresa y emprender su propio camino, optando por un futuro distinto al de los pasillos que durante años nos han visto estrecharnos la mano cada mañana, estrechárnosla de nuevo por la noche antes de volver a casa.

Dos viejos estaban parados en el carril de emergencia con el capó levantado; él agachado ante el gato, ella con un brazo en alto intentando que alguien se detuviera y el otro sobre la cabeza para que no se le volara el sombrero. Luego, por fin, el aeropuerto, los despegues que se hostigan sobre la pista. He dejado el coche en el aparcamiento subterráneo. Y ahora tocará facturar y después subiremos a bordo. Hasta el último día de la historia las azafatas seguirán explicando qué hacer antes de morir. Pero la gente ya no las escucha, las atiende mirando hacia otra parte. Yo cogeré sitio y miraré afuera.

Si un día nuestros destinos profesionales se separaron, queridos amigos surcados por las lágrimas, personalmente lo lamento mucho. Si desde aquel momento la *vision* de Carlo fue distinta, lo lamento mucho. Sentí entonces dolor, como siento dolor hoy, al verlo meter sus efectos personales dentro de una caja, al verlo desalojar su despacho y llevárselo todo fuera de la empresa. Lamento mucho, por último, evocar su último día de permanencia en el trabajo, y los rostros de sus preciosos hijos colgados en una pared dentro de un marco. Lamento mucho, y con esto concluyo, haberle dicho Lo lamento mucho delante de la hoja de papel con la que lo apartábamos definitivamente de la empresa, así como lamento mucho, ante su afligido requerimiento de poder volver algún día entre nosotros, el haberle dicho Lo lamento mucho. Lo lamento mucho, no.

Me había detenido un momento en la fila sobre las escalerillas

del avión, en esa zona en la que aún no ha finalizado nada ni tampoco ha empezado algo distinto. Luego he entrado y junto a los demás he tomado asiento, al lado de la ventanilla, las escalerillas arrastradas sobre sus ruedas, la puerta que queda sellada encajándose con un golpe seco dentro del cuerpo del avión. Y dejé de pensar, mientras el avión tomaba medidas a la pista, olfateaba el asfalto y buscaba el punto en el que detenerse. Todo acababa así, con la cara atónita del director de personal frente a su propia desazón, las miradas entre los bancos de quienes por fin han entendido, mi cara ahora sobre la pista por detrás de la ventanilla. Después, los motores encendidos y las luces sobre el asfalto que dibujaban el camino que habían de recorrer para elevarse volando. Nosotros estábamos todos atados a los asientos, esperando que nos llevaran lejos. El avión se elevó después dirigiéndose hacia el cielo.

NOTAS

[1] *Ambas citas están* tomadas de Roland Barthes, *Mitologías* (Siglo XXI, México, 1970, 199912); traducción de Héctor Schmucler. (*N. del T.*)